

La Corona: Conspiración

Karina Hernández

La corona



Conspiración

Alma Karina Hernández Suárez

Capítulo 1

Capítulo 1

El reino del caos

Las cosas habían cambiado desde aquel día del levantamiento de los rebeldes. Pritige se convirtió en un lugar desesperanzado y oprimido. En las calles reinaba el silencio, el más absoluto y terrorífico de los silencios. La situación se había puesto peor de lo que estuvieron durante la Guerra de la Conspiración. Tres hombres dominaban por completo el país, la Trinidad Igualitaria había desaparecido como era antes. Alejandro Burgos se promulgó como rey absoluto y contradiciendo la constitución, designó a los presidentes de las otras dos sedes del poder. Manuel Manzano se convirtió en el líder de los magistrados de la Cámara de Justicia y Martín Frarraga de la Cámara de los Comunes.

Algunos miembros del ejército real se habían sublevado del nuevo rey, lo desconocían por completo, para ellos no era un rey legítimo. Muchos terminaron fusilados, otros pudieron escapar. El Comandante General se había negado a dar el paradero de los últimos dos miembros de la familia real y por eso, también acabó siendo fusilado y colgado su cuerpo en la Explanada de los Fundadores, junto a los cadáveres de la reina Consuelo y el rey Felipe VI. Esto era una forma de expresar al pueblo, que los que fueran en contra del nuevo gobierno acabarían de la misma manera.

La gente del pueblo que no alcanzó a escapar, vivía en la más profunda opresión y pobreza. Sólo se les permitía salir a trabajar y comprar cosas básicas. En la ciudad se estableció un toque de queda, nadie podía estar fuera de su casa luego de las ocho de la noche, sino pagarían las consecuencias de su rebeldía. Las comunidades fuera de la metrópoli estaban en peores condiciones que la capital.

Durante los cinco meses que llevaba el nuevo gobierno se organizaron pequeños levantamientos civiles que fueron sofocados rápidamente.

A pesar de que Burgos ahora tenía el control del país, todavía no podía bajar la guardia, mientras existieran dos miembros de la familia real, el derecho al trono estaba lejano para él, por esa razón tenía que encontrarlos y matarlos, eran una gran amenaza para sus planes. Tampoco había encontrado en Palacio de Baldovinos lo que tanto esperaba hallar, esto lo estaba volviendo loco, necesitaba con urgencia aquel documento antiguo que databa de la época de los fundadores que lo

llevarían hasta uno de los secretos más poderosos de Pritige, sin embargo en ninguna de las tres sedes del poder pudieron encontrarlo.

Contaba la leyenda, que los veintitrés fundadores al momento de crear la ciudad, elaboraron un manuscrito único que hacía poseedor a quien lo obtuviera de grandes secretos y que con ellos podría dominar lo que sea.

El rey Francisco IV había tenido en su poder dicho impreso y se apoderó del control total del país, desatando poco después la Guerra del Inicio. Luego de derrocar al monarca y en seguida de la creación de la Constitución de Pritige, los tres representantes de las sedes del poder, ya llamados la Trinidad Igualitaria, acordaron esconder ese papel poderoso que desataría nuevamente la avaricia de los hombres.

Para estar en condiciones de cumplir con esa encomienda, se realizó un mapa, en él se revelaría el lugar en donde fue oculto aquel documento antiguo, por si en el futuro era necesario encontrarlo. El mapa se separó en tres partes y cada uno de los representantes escondió su pedazo en el interior de su sede.

Los únicos que conocían el sitio elegido en el que se encontraban esas piezas eran los representantes de los tres poderes, este secreto pasaba al sucesor luego del inicio de la nueva administración de manera verbal. Felipe VI había muerto antes de revelar la ubicación del perteneciente al Palacio de Baldovinos, el senador Diego Mosqueda, presidente de la Cámara de los Comunes y el magistrado Frank Luna del Edificio de Justicia hicieron lo mismo.

Alejandro Burgos empezaba a desesperarse y encargó a sus nuevos presidentes destruir los edificios hasta encontrarlos, no obstante hasta ese momento no habían tenido éxito.

En el Palacio de Baldovinos seguían los sirvientes de menor rango, los de alto poder fueron acribillados momentos después de la invasión, sólo Adrián sobrevivía. Martín había persuadido a Burgos para que no lo matara con el pretexto de que aquel hombre conocía todo de la monarquía y podría servirles. Este se convirtió en el secretario particular de Alejandro, aunque su lealtad le correspondía a la princesa Anne a quien ahora le pertenecía la corona, también apoyaba al líder rebelde en espera de que pronto fuera derrocado. Por obvias razones le proporcionaba a su nuevo rey información no cierta, escondía más de lo que le daba.

El pueblo de Pritige rezaba por un milagro que les devolviera la paz y tranquilidad que se les había arrebatado, sin embargo esperaban con todas las fuerzas de su corazón que la princesa Anne hubiera sobrevivido, porque sabían que ella volvería a rescatarlos.

Capítulo 2

Capítulo 2

El Cuartel General

Mientras en Pritige todo era horror, en las instalaciones del Cuartel General había incertidumbre. Anne, Christopher y Alfonso llevaban cinco meses en aquel lugar. Los ciudadanos que se refugiaban en la mina esperaban con ansias algún movimiento por parte de la reina Anne, sin embargo hasta el momento las aguas eran tranquilas.

Discretamente se acordó entre la reina y el capitán Marco Machado, que esperarían para ver cómo se desenvolvía la ciudad con el nuevo régimen, y aprovecharían ese tiempo para que los heridos se recuperaran, sabían que necesitaban la mayor gente posible para realizar su contraataque.

El capitán Marco Machado había sido designado por el Comandante General para encargarse del Cuartel General poco antes del levantamiento. Después de la muerte de este, Marco tomó las funciones del desaparecido Ronel Martí, y sobre todo como principal misión se le encomendó la protección de la reina.

Para enterarse de lo que sucedía en la ciudad, se enviaron a un grupo de hombres como espías, con quienes compartían información. También hicieron contacto con personas fuera de la metrópoli para conocer todos los detalles en que se encontraba el país y así realizar una estrategia.

Anne luego de entrar al Cuartel General convertida en reina, no había tenido tiempo de llorar a los suyos. Su posición había cambiado, debía ser fuerte, por ella y por el pueblo que creía en su regreso.

Nadie en la ciudad sabía a ciencia cierta si la princesa Anne seguía con vida, solamente Burgos, Manzano, Frarraga y Adrián conocían la verdad de la información. Para el capitán Machado esto significaba una buena estrategia, lo mantendrían en secreto como ventaja.

Aunque Anne tenía otras prioridades más importantes, su mente y corazón estaban en otro lado. Martín se había convertido en el protagonista de sus pesadillas, luchó con todas sus fuerzas para dejarlo de amar, no podía seguir queriendo al hombre que la traicionó, y no solamente a ella, sino también al país que siempre juró proteger.

En ese día de finales de verano e inicio del otoño, en la sala principal del Cuartel General se habían reunido todos los refugiados para convivir y

tratar de no pensar sólo por unos minutos, de la eminente guerra que algún día se desataría. La reina Anne sacudió la cabeza para dejar de pensar en la persona causante del agonizante dolor en su corazón, lo único que quería sentir por ese hombre era odio, a pesar de sus deseos no podía, algo en lo profundo de su interior se rehusaba a ello.

Alfonso miró a su mejor amiga de reajo mientras esta platicaba con la gente del pueblo. Suspiró y volteó hacia otro lado, en ese extremo estaba su familia, sus padres y su hermana menor habían sido de los pocos afortunados que pudieron escapar de la ciudad antes del levantamiento. Aunque trataba de disimular enfrente de Anne la felicidad de que sus seres queridos estuvieran a salvo, era imposible que su amiga no se percatara de ello. De vez en cuando la encontraba observándolo con tristeza, entendía que ella añoraba tener a su familia a su lado, ahora lo único que le quedaba era el príncipe Christopher. El chico pensó que la vida era injusta, porque a la gente buena siempre le pasaba cosas malas, confió en que existiera el karma, y pronto aquellas personas que habían traído tragedia y dolor al pueblo lo pagarían con creces.

El príncipe Christopher había regresado a la carrera militar, en cuanto se repuso de su herida de bala, se presentó ante el capitán Machado como voluntario para la guerra. Gracias a su ya avanzada formación en el ejército y sus grandes habilidades, pronto el capitán lo había ascendido, y quizás en un futuro podría convertirse en su segundo al bordo. Chris jamás aparecía en público con rostro de tristeza, como aquel día, al contrario siempre se le veía alegre y optimista, aunque en su interior se estaba consumiendo, ya que seguía en duelo por la muerte de sus padres, pero no podía mostrarlo, ahora su deber era mostrarle completa fidelidad a su hermana, la defendería ante cualquier costo por ser la reina, por ser su hermana... porque ella era toda la familia que le quedaba.

Tanto Anne como su hermano, dejaron de ser los niños que el pueblo de Pritige vio crecer, ahora eran todos unos adultos responsables, ya que debido a las circunstancias habían tenido que madurar de golpe y tomar los papeles que les correspondían dentro de la realeza.

No obstante de que ambos tenían un camino difícil por seguir, sabían que no estaban completamente solos, contaban con la plena ayuda de Alfonso, el capitán Machado y de Esmeralda, así como la gente del pueblo que vivía en la mina. Sabían que cuando tuvieran que entrar en la guerra, sin pensarlo lucharían por la misma causa que ellos, sin importar las consecuencias.

Capítulo 3

Capítulo 3

El hombre desconocido

La noche del treinta de septiembre le llegó noticias al capitán Machado de que un hombre desconocido se acercaba al Cuartel General por el bosque. Se ordenó el total confinamiento de la gente del pueblo y se sellaron las puertas. Las cámaras de seguridad del exterior captaron a un hombre de mediana edad que se dirigía con paso decidido hacia la mina.

Al principio se esperaba que fuera un extraño perdido en el bosque, pero este de repente se detuvo frente a la entrada de la mina y volteo hacia las cámaras de seguridad.

- De mando hablar con la reina – dijo en voz alta – Traigo un mensaje para ella.

El personal que laboraba en el cuarto de control se sorprendió, nadie sabía sobre la ubicación del Cuartel General, incluso aquella mina había desaparecido hacía muchos años de los mapas de Pritige.

El capitán Machado lo observó a través de las pantallas que mostraban las imágenes captadas por las cámaras de vigilancia, el extraño miraba de forma retadora hacia ellas.

- ¿Qué hacemos, capitán? – preguntó el encargado de seguridad.

Marco no contestó, siguió viéndolo. No comprendía cómo aquel hombre había llegado hasta ahí. Levantó una ceja indeciso.

- ¡Tráiganlo ante mí! – ordenó.

El encargado de seguridad asintió y dio un par de órdenes vía radio, a los pocos minutos dos guardias aparecieron en la pantalla, el extraño los miró y puso su brazos juntos para que lo esposaran. El capitán volvió a levantar la ceja, todo era demasiado raro. Decidió que no le comentaría a la reina de ese incidente todavía, primero quería tenerlo de frente e interrogarlo.

Los guardias llevaron al desconocido hasta una sala de reuniones, lo sentaron todavía esposado y luego cerraron la puerta, el capitán ya se encontraba en ese recinto. Lo miró desde una esquina. No sabía qué pensar, el extraño no llevaba ninguna pertenencia con él, nada que lo

pudiera reconocer, tampoco un arma.

- ¿Quién es usted? – cuestionó el capitán desde lejos.

El visitante lo miró fijamente.

- Mi identidad es confidencial – contestó.

- ¿Quién te ha mandado? – interrogó de nuevo Machado.

- Eso también es confidencial – respondió el desconocido.

- ¿Cómo supiste de la ubicación de este lugar?

- Sólo puedo decir que la persona que me ha encomendado venir me la dio – explicó lentamente el hombre.

Por unos minutos el capitán lo observó en silencio. El otro lo veía también.

- ¿A qué ha venido? – intentó otra vez Marco con la intención de sacarle más información.

- Estoy aquí para darle un mensaje a la reina.

- ¿Cuál es?

- La orden que recibí fue dárselo en persona – dijo secamente.

- ¿Te ha enviado Alejandro Burgos?

- No.

- ¿Ha sido Adrián Romero?

- Tampoco.

- Entonces, ¿quién ha sido? – volvió a preguntar.

- Ya le dije que es confidencial – respondió tajantemente.

Marco volvió a callar, no había duda en ninguna de las respuestas de aquel hombre, ni siquiera mostraba miedo.

- ¿Cuál es el mensaje?

- Solamente puedo decírselo a la reina en persona.

Machado guardó silencio un par de minutos, pensó que ese visitante era inquebrantable, como una muralla, planeaba cumplir al pie de la letra con la orden que se le había dado. El capitán salió de aquel cuarto sin decirle nada más al extraño, esperaba que con el paso de las horas, con hambre y sed comenzara a ser más cooperativo.

Sin embargo no resultó de esa manera, el desconocido seguía tranquilo como desde el primer momento en que llegó ante las puertas del Cuartel General, y eso de que ya llevaba todo un día completo recluido en la mina.

Le daría unos dos días más para que pudiera responder a las preguntas que se había negado a contestar, sino tendría que pensar en otra

estrategia para hacerlo hablar.

Pasaron tres días luego del ingreso del desconocido y hasta ese instante no se encontró poder humano para hacerlo franquear de su misión. El capitán pensó en utilizar métodos un poco más severos con el visitante, sin embargo sabía que si la reina se llegara a enterar de aquello, recibiría su primer regaño por parte de su majestad, puesto que el hombre no le había dado motivos para que fuera tratado de esa manera.

- ¿Qué es lo que quiere que hagamos con él? – preguntó el encargado de seguridad, mientras lo observaban desde un vidrio contiguo al lugar en donde estaba confinado el extraño.

- ¡Traigan a la reina! – ordenó.

Capítulo 4

Capítulo 4

El mensaje

La reina Anne fue informada rápidamente sobre la llegada del desconocido. En cuanto supo todos los detalles la acompañaron hasta la sala de reuniones en donde se encontraba el hombre.

El extraño seguía sentado con tranquilidad, todavía estaba esposado. De repente entró el capitán Machado, el encargado de seguridad y detrás de ellos la reina.

Cuando el desconocido la vio entrar, como pudo se puso de pie y le hizo reverencia. Anne lo miró y lo invitó a que volviera a sentarse, lo cual el otro cumplió sin decir palabra alguna.

- Me han informado que usted ha venido hasta aquí para verme – comentó la reina.
- Así es, su majestad.
- ¿Quién lo ha enviado? – preguntó Anne.

El visitante tragó saliva, se movió en su lugar algo incómodo, ni siquiera a la reina le podía contestar aquella pregunta.

- Usted disculpara, su majestad – respondió el desconocido – Pero esa información no puedo revelársela.
- ¿Ni siquiera a mí, a la reina?
- A nadie – contestó diplomáticamente.

La reina lo miró fijamente, había algo en él que se le hacía conocido, el extraño volvió a moverse incómodo.

- ¿Cómo puedo confiar en usted si no quiere revelarme su nombre, ni quién lo ha mandado? – cuestionó Anne categóricamente.
- Tendrá que arriesgarse a confiar en mí.

Aquella respuesta desató recuerdos profundos en Anne. Cerró los ojos, hacía más de cinco años alguien le había dicho lo mismo, ahora era un traidor.

- La persona que me envió supuso que tendría dudas sobre mí – dijo de

pronto el extraño.

Anne abrió los ojos. Lo observó con curiosidad.

- Por esa razón me ha mandado con una ofrenda para usted.

El capitán miró al encargado de seguridad, le habían dicho que ese hombre no llevaba nada consigo.

- He dejado a unos cuantos kilómetros tres cosas importantes para usted.

- ¿Qué son? – inquirió la reina.

- Los cuerpos del Comandante General, de la reina Consuelo y de su padre, el rey Felipe VI.

Anne respiró hondo para contener los latidos de su corazón.

- ¡Capitán, encárguese! – ordenó la reina y salió de prisa de la habitación.

Machado tomó nota de la ubicación que le proporcionó el extraño y volvieron a dejarlo solo.

Un equipo especial se encargó de dicha encomienda. Poco antes del amanecer regresaron cargados de tres cadáveres. Luego de acomodarlos decorosamente en una habitación del área médica, hicieron pasar a la reina Anne y al príncipe Christopher.

Ambos entraron nerviosamente, un fuerte olor a descomposición inundó el ambiente, frente a ellos se encontraban tres cuerpos tapados con una sábana blanca. A una señal del capitán, un médico del cuartel los fue descubriendo uno a uno.

Los hermanos se tomaron de la mano, las tres personas que más querían yacían ahí, sobre unas mesas, sin vida. Machado y el médico los dejaron solos, para que pudieran llorar sus muertes en privado.

En seguida del encuentro de los cuerpos, se le dio un trato digno al visitante, aunque seguía aislado, se le acondicionó un espacio para que pudiera dormir y tomar alimentos.

De repente su puerta se abrió y entró el capitán Machado y la reina. El desconocido se paró y dio una reverencia. Permaneció de pie.

- He pedido que le den todas las comodidades requeridas – dijo Anne – Si necesita algo no dude en comentarle a los guardias.

- Hasta el momento estoy bien, su majestad – contestó.

La reina se sentó, el extraño hizo lo mismo.

- Estoy lista para escuchar el mensaje – manifestó de golpe la soberana.

El hombre tragó saliva, preparándose para contar por fin el motivo por el cual estaba ahí.

- El rey ilegítimo, Alejandro Burgos, se encuentra buscando algo muy importante – comenzó el desconocido – Cosa que si llega a poseer, le dará el poder absoluto de Pritige. Mi mensaje es decirle que deben encontrarlo antes que él. Con eso en sus manos, majestad, tendrá la revolución ganada.

- ¿Y qué se supone que es? – preguntó la reina – ¿Es un objeto? ¿Un arma?

- Mejor que eso – contestó sonriendo – Es un mapa.

- ¿Para qué es el mapa? – cuestionó Anne confundida.

- Para encontrar el manuscrito escondido por el rey Jorge II.

Anne miró sin comprender lo que ese desconocido decía.

- Creo que ha escuchado la leyenda, de que los fundadores de Pritige crearon un documento lo suficientemente poderoso para que aquel que lo tuviera en sus manos, controlara lo que quisiera.

- He oído de esa historia – corroboró la reina – Pero como usted bien lo dijo, es sólo una leyenda.

- A veces las leyendas contienen verdades – contestó de inmediato el extraño – Se cree que fue sepultado en los confines del país, obviamente bajo tierra. El mapa marca el lugar de su escondite.

- Según la leyenda – interrumpió Machado – Ese mapa fue partido en tres para que los representantes de los tres poderes lo escondieran.

- Es correcto, capitán – respondió asintiendo el desconocido – El secreto de la localización de esos pedazos se han ido transmitiendo oralmente a los nuevos representantes de los poderes. Por eso el rey ilegítimo mandó a matar a los presidentes de los magistrados y del senado, y en su puesto nombró a dos hombres suyos para encontrarlos.

- ¿Quiénes son los nuevos presidentes? – quiso saber Anne.

- El magistrado presidente de justicia es Manuel Manzano y el senador presidente es Martín Frarraga.

Anne guardó silencio, aquel nombre seguía doliéndole cada que alguien lo pronunciaba. Al parecer no solamente era un miembro de los rebeldes, sino el tercero al cargo.

- Sí únicamente los representantes de la Trinidad Igualitaria sabían de su ubicación, y estos ahora están muertos, ¿cómo sabremos dónde buscar? – cuestionó el capitán no convencido con lo que les contaba el hombre.

- Por la leyenda – respondió el extraño – La historia por sí misma está llena de pistas.

- ¿Y qué dice en cuanto a la localización del mapa? – preguntó Marco.
- Dice que las tres piezas fueron escondidas dentro de las instalaciones de cada uno de los representantes que tuvieron la encomienda de protegerlas.

Los tres guardaron silencio, Anne pensó en aquella leyenda, su madre le había contado la historia cuando era niña, la misma se convirtió por muchos años en la predilecta de esa pequeña princesa para ser relatada a la hora de dormir, ya que el misterio que la envolvía la hacía soñar con la búsqueda del tesoro. Y desgraciadamente también era la favorita de Frarraga, quien cada que tenía oportunidad, solía relatársela mientras estaban abrazados en el sillón de la casa del senador, con una taza de café en la mano.

- He de suponer que los rebeldes ya los han buscado en esas tres sedes – comentó la reina.
- Así es, su majestad.
- Si no fueron capaces de encontrarlos, ¿cómo sabemos de qué realmente existen? – preguntó incrédula Anne.

El visitante entrelazó sus manos, se recargó en la mesa y se inclinó un poco hacia ella. Sonrió.

- Porque usted tiene en su poder una de las piezas.

Anne abrió sus ojos con sorpresa, no contestó nada. Luego de unos segundos pensando asintió. Se levantó de la silla, el hombre la imitó.

- ¿Se quedará con nosotros? – quiso saber la reina.
- Me temo que no, su majestad. Debo volver a la ciudad. Pero le aseguro que no será la última vez que nos veamos.

Ella asintió con la cabeza y salió de la habitación. El capitán la siguió.

- ¿Qué opina de eso, majestad? – preguntó Machado.
- Le creo – contestó la soberana.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

- ¿Qué quiere que hagamos? – prosiguió Marco.
- Después del funeral, organizaremos la búsqueda del mapa – respondió Anne.

El capitán volvió a asentir, hizo una reverencia y se alejó de la reina. Anne caminó de prisa hacia su habitación, el extraño tenía razón, ella poseía una de las piezas del mapa. Lo había guardado y protegido sin saber qué era en realidad, ahora comprendía todo.

Capítulo 5

Capítulo 5

El funeral

Dos días después de que el extraño dejara las instalaciones del Cuartel General se llevó a cabo el funeral de los monarcas y el Comandante General.

En la sala principal se acomodó la gente que vivía en la mina, con una mano sosteniendo una vela y con la otra un clavel blanco esperaban despedirse de ellos. Todos iban vestidos de negro.

Entonces una caravana desfiló para entrar a aquel lugar. Voluntarios de la mina cargaban en sus hombros los ataúdes que contenían a los monarcas y al comandante, detrás caminaba la reina Anne, unos pasos atrás el capitán Machado y el príncipe Christopher.

Cuando llegaron al centro de la sala, colocaron los tres ataúdes en una especie de altar. Anne, Marco y Christopher se pararon en primera fila, y al igual que la gente del pueblo también sostenían una vela y el clavel blanco. Según las tradiciones de Pritige, cuando una persona de alta estima fallecía, en su funeral se les homenajeaba con flores especiales, en este caso un clavel blanco. Alfonso y Esmeralda los veían a lo lejos.

Todos guardaron unos minutos en silencio, en seguida un sacerdote dirigió la ceremonia. Habló sobre la vida y la muerte, la vida en el siguiente plano espiritual.

Anne sentía un vacío por dentro, jamás había pensado que se acabaría la vida como la conocía. Tenía un profundo miedo, se sentía completamente sola en un mundo que quería destruirla. Esas tres personas de las que se despedía eran una parte fundamental de todo lo que ella amaba, sus guías y ya no existían.

Odio, odio fue lo que su corazón comenzó a guardar, no descansaría hasta que los culpables tuvieran su merecido, aunque eso significara enfrentarse al mismo infierno.

Luego del sermón del sacerdote nuevos voluntarios se acercaron para cargar los ataúdes y desfilaron hasta el exterior de la mina. En la más profunda de las oscuridades la gente los acompañó hasta su última morada. En un espacio un poco apartado del Cuartel General y escondido en el interior del bosque, se improvisaron tres criptas en las que

descansarían temporalmente. Después que la guerra terminara y Anne se apoderara de Pritige, serían trasladados a los mausoleos que les correspondían.

Mientras los cuerpos iban bajando a su última morada, solamente se podía escuchar el ruido del viento entre las hojas de los árboles. Los presentes únicamente utilizaban como iluminación la luz de las velas que cargaban.

En sus rostros se podían ver lágrimas, el pueblo lloraba en silencio a su gente, quienes los habían cuidado y protegido, quienes se preocuparon por ellos. De repente en un cántico comenzaron a sonar sus voces. Con un tono triste y en voz baja, cantaron aquella canción que era parte de la tradición de Pritige cuando moría un ser querido.

En el momento del coro todos levantaron la vela que sostenían en la mano izquierda y miraron al cielo. Según la tradición la vela representaba la luz que guiaría a los muertos durante su camino a su morada eterna.

Luego la mano derecha que era en la que tenían el clavel blanco, la acercaron hacia el pecho. Este gesto significaba la conexión eterna que los ligaría con los difuntos, haciendo referencia de que estarían guardados por siempre en su corazón.

Cuando terminó el entierro, uno a uno colocó su flor alrededor de las tumbas. Bajaron el rostro y rezaron por su descanso eterno.

Anne miró atentamente la tumba de sus seres queridos, su rostro cambió, sus facciones dejaron de tener esos gestos dulces que la caracterizaban, ahora se había vuelto fría. Pensó que aquella dura forma de madurar era aterradora. Alzó la cabeza, miró el cielo iluminado por algunas estrellas, decidió que la tierna princesa se había acabado para siempre, tenía que tomar seriamente el papel que le correspondía, aunque tan sólo tuviera veinticuatro años debía convertirse en otra persona, en la soberana que todos esperaban que fuera y en la que se empeñaría en ser.

Capítulo 6

Capítulo 6

El Edificio de Justicia

Después del entierro de los monarcas y del comandante, en el Cuartel General se realizó un duelo de cinco días. En cuanto terminó el plazo se organizó la estrategia para recuperar las dos piezas del mapa que hacían falta.

La reina pasó los días del luto obligatorio encerrada en su habitación, no quiso ver a nadie, excepto al capitán Machado para planear los siguientes pasos de su encomienda.

La monarca tomó el libro de Historia del Palacio de Baldovinos, lo hojeó hasta la última página, ahí estaba el sello de cera con la insignia del rey. Lo abrió con cuidado, se percató de que aquella hoja fungía como un tipo sobre, ya que en su interior se encontraba un papel, el cual sacó y desdobló. Impreso sobre la hoja se mostraba una serie de túneles secretos con entrada por el Palacio de Baldovinos, Anne no entendía muy bien a dónde llevaban.

- ¡Están listos, su majestad! – le anunció la voz de un guardia desde la puerta.

Ella se levantó y se dirigió a la sala de mando, ahí ya la esperaban el capitán Machado, el príncipe Christopher, Esmeralda, Alfonso y otras personas. En cuanto entró todos le hicieron reverencia, luego de que la reina se acomodara en su silla, los presentes la imitaron.

- Nuestra misión, antes de entrar en guerra, es encontrar las dos piezas del mapa – comenzó a decir el capitán – Según lo que tenemos de información, es que cada una de ellas están escondidas en los edificios restantes de los poderes. Ahí no sabemos cómo o en qué sitio estarán, así que tendremos que revisar todo el edificio.

- Tal vez no tengamos que hacer eso, capitán – interrumpió Anne -Quizás sólo debemos enfocarnos en la biblioteca de cada edificio. Lo más probable es que, al igual que en el Palacio de Baldovinos, estén escondidos en un libro. Exactamente el de la historia del lugar sede.

Todos asintieron, Anne continuó.

- Podemos empezar por el Edificio de Justicia. Una vez estuve ahí y encontré el texto que contiene el pedazo del mapa. Yo misma conozco su

ubicación.

- Debido a la seguridad que hay en la ciudad, es más factible que entremos de día, justo en el momento en que hay más confluencia de personas en la calle – continuó el capitán Machado - Un pequeño contingente se encargará de la operación...

- Yo iré – soltó de golpe Anne.

El equipo la miró sorprendido.

- Pero, su majestad... - dijo dudando el capitán – No puedo arriesgarme a que le suceda algo.

- Conozco con perfección la localización de nuestro objetivo – continuó la reina – No es cuestionable mi decisión, es una orden – recalcó.

Los presentes enmudecieron, la reina había hablado y ordenado, no existía nada más que hacer o decir. La operación se llevaría a cabo al día siguiente al medio día, todos se retiraron hacia sus dormitorios para prepararse para mañana.

Desde muy temprano el equipo que se encargaría de la operación ya estaba listo. El capitán Machado, la reina Anne, el príncipe Christopher, Esmeralda, Alfonso y tres guardias salieron del Cuartel General rumbo a la ciudad. Para poder ingresar retomaron el pasadizo que lleva del bosque a la Catedral de San Lorenzo. Al arribar a su primer destino se percataron de que todo estaba tranquilo.

Salieron poco a poco de la Catedral y se dispersaron entre la gente, había una gran cantidad de personas en la calle por lo que no tuvieron mucho problema en llegar al Edificio de Justicia, sin embargo lo complicado sería entrar sin ser vistos.

Se decidió que Anne entrara con Alfonso y en seguida de varios minutos el capitán con Esmeralda, los demás se quedarían afuera en espera de cualquier movimiento.

La reina y su amigo pasaron la puerta de entrada del edificio y se dirigieron directamente a la biblioteca, ya adentro recorrieron lo más rápido posible los estantes hasta llegar al que buscaban. Cuando Anne encontró el lugar en donde había escondido el libro, se paró de puntitas, movió los demás libros que estaban ahí, con la esperanza de que el que deseaba siguiera en el espacio en el que lo había dejado. Luego de batallar un poco, lo encontró, lo tomó y lo hojeó esperando ver nuevamente el sello de la Cámara de Justicia intacto. Suspiró al tenerlo a la vista, lo rozó con los dedos, seguía en las mismas condiciones en que lo vio la última vez. Guardó el libro entre su ropa y junto con Alfonso retomó

el camino hacia la salida.

Para Anne aquello había sido demasiado fácil, no sabía si sentirse contenta o preocupada. El camino hacia la salida de la biblioteca se le antojó eterno, inalcanzable. Estaba a punto de suspirar de alivio cuando cruzó las puertas, no obstante el sonido de una alarma se lo impidió. Anne y Alfonso se miraron nerviosos, jamás se les ocurrió pensar que los libros tuvieran un sensor. Las personas los voltearon a ver confundidos, un guardia de seguridad se acercó a ellos. Hubieran corrido si hubieran pensado que les resultaría, sin embargo existía todavía un tramo largo desde la puerta de la biblioteca a la salida del edificio.

- Lo siento, oficial – improvisó Alfonso al tener de frente al guardia – Acabamos de pedir un libro prestado, pero al parecer no le han quitado el sensor.

Alfonso trató de llamar la atención del guardia mientras Anne se ocultaba con su ropa para que no la pudiera ver.

- Enséñame el libro – ordenó el guardia.

Anne le pasó rápidamente el objeto por detrás a Alfonso para que el guardia no se diera cuenta de que lo traían oculto.

- Claro, aquí está – dijo él al entregarle el libro. El guardia lo revisó – Es un simple libro de historia – comentó el chico.

El oficial lo miraba atento, luego observó el texto, para él también era un libro de historia sin nada especial.

- Está bien – dijo por fin el guardia – Pudo ser un error en el sistema. Últimamente ha estado fallando mucho – le devolvió el libro a Alfonso.
- Gracias – contestó tomándolo con cuidado.

Ambos pensaron que ya se habían salvado hasta que después de un par de pasos, por un diminuto error de Anne, el guardia la reconoció.

- ¡No se muevan! – gritó el guardia.

Los dos se detuvieron en seco. El oficial se acercó a ellos y luego de observar nuevamente a Anne, tomó su radio.

- ¡No se mueva, su majestad! – volvió a decir el guardia.

Entonces lo supieron, había llegado el momento de correr. Alfonso tomó la mano de Anne y la jaló al interior de la biblioteca, el guardia corrió detrás de ellos. A lo lejos podían escuchar cómo su perseguidor los anunciaba por

radio y pedía refuerzos, los cuales llegaron rápidamente.

Anne y Alfonso corrían entre los pasillos sin un destino, lo único que sabían era que debían moverse, aunque tenían claro de que esa parte del edificio no era tan grande y tarde o temprano toparían con pared. La biblioteca no tenía otra salida más que la principal.

De pronto dieron vuelta en una esquina, continuaron corriendo hasta que llegaron al fondo de ese corredor, asustados comprendieron que estaban en un lugar sin salida. Quisieron volver entre sus pasos, pero un guardia de seguridad los alcanzó tapándoles el paso, los dos se detuvieron en seco, todo había acabado. El oficial los miró fijamente, después inspeccionó su alrededor, en aquella sección de la biblioteca no había nadie más que ellos tres.

-¡Pronto! ¡Sígueme! – dijo en voz baja el guardia.

Los dos se miraron confundidos.

-¡De prisa! – gritó el guardia – Antes de que nos vean.

Los muchachos no sabían qué hacer, no sabían si podían confiar en ese hombre.

-¿Cómo sé qué debemos confiar en usted? – preguntó de pronto Anne.

-Tendrá que arriesgarse a confiar en mí – respondió el oficial.

Aquella frase retumbó en su cabeza, una parte de su mente le decía que esas palabras no eran una coincidencia, entendió en ese instante en que ese hombre era de fiar, no supo el por qué confió en él, solamente lo sintió. Ella asintió con la cabeza. El guardia se movió hacia la derecha y ellos lo siguieron. Rápidamente los llevó por otros pasillos, los tres caminaban velozmente.

Después dieron con un pasillo cerrado. Alfonso detuvo de golpe a Anne, no le gustaba que el oficial los llevara hasta un lugar en salida.

-¡De prisa! – urgió el guardia - ¡No tenemos mucho tiempo!

El hombre movió un objeto escondido a un lado del estante y de repente se abrió una puerta secreta.

-Bajen las escaleras y sigan el camino. Los llevará directo al exterior del edificio, cerca de la Catedral de San Lorenzo - les indicó el oficial.

Anne jaló del brazo a Alfonso y se introdujeron en aquel lugar.

- ¡Gracias! – dijo Anne al pasar a un lado del guardia.
- ¡Fue un honor! – contestó el hombre haciéndole una reverencia al final.

Cuando los dos estaban por completo en el interior del pasadizo se cerró la puerta. Una profunda oscuridad los rodeó. Alfonso sacó su celular y utilizando este como linterna siguieron el camino.

Aquel pasadizo los llevó hasta el sótano de una librería. Con cuidado salieron y recorrieron las dos cuadras que los separaba de la Catedral. Al entrar en el edificio unas voces los llamaban con urgencia.

- ¿Están bien? – preguntó Esmeralda.
- Sí – contestó Anne – Tenemos el libro – dijo mostrándoselos.
- Vayámonos de aquí – ordenó el capitán – Han dado la orden de buscar a la reina por toda la ciudad. Pueden llegar en cualquier momento.

El grupo emprendió el camino por el pasadizo hacia el bosque.

- ¿Cómo fue que pudieron salir de ahí? – cuestionó Christopher.
- Un guardia de seguridad nos ayudó – respondió Alfonso – Al parecer todavía existe gente en la ciudad que cree en Anne. Nos sacó de la biblioteca por un pasillo secreto.
- Pero ¿cómo supieron que podían confiar en él? – preguntó el capitán confuso.
- Al principio no sabíamos si debíamos o no – siguió Alfonso – Hasta que dijo algo... - volteó a ver a Anne.
- Cuando le pregunté la razón por la que debíamos hacerle caso, me contestó que tendríamos que arriesgarnos a confiar en él – comentó la reina.
- Igual que el desconocido que llevó el mensaje – puntualizó sorprendido Chris.
- Así es – asintió Anne – Y ahí fue que supe que debía creerle. No sé por qué, pero aquellas palabras fueron suficientes para mí.

El capitán asintió y siguieron su camino en silencio.

Capítulo 7

Capítulo 7

Edificio de Maltas

Por toda la capital de Pritige se corrió el rumor de una operación realizada por los monárquicos, en el que al parecer estuvieron involucrados el príncipe Christopher y la reina Anne. En el pueblo surgió una pequeña esperanza, deseaban desde lo más profundo de su corazón de que fuera real, sobre todo de que Anne se encontrara viva. Alejandro Burgos trató de acallar aquel rumor, no le convenía que se divulgara la posible existencia de la reina Anne, porque eso le daría valor a la gente y podrían levantarse en su contra.

Luego de esa operación, Burgos no entendía cuál había sido el propósito de los monárquicos en el Edificio de Justicia. Pensó que el primer movimiento que harían sería rescatar el Palacio de Baldovinos, por eso cuando Manuel le avisó de la presencia de la reina Anne en la Cámara de Justicia, se quedó pensativo. Creía que habían arriesgado demasiado para solamente sacar un libro de historia de la biblioteca de los magistrados.

Entendía que aquel libro era de gran importancia para ellos, no obstante no comprendía qué parte jugaba ese objeto dentro de la revolución que sabía que tarde o temprano se llevaría a cabo. Era tonto pensar que los monárquicos se quedarían con los brazos cruzados y exiliados. Tenía claro que en dónde quiera que se encontraban escondidos, estaban preparando el contraataque.

Martín Frarraga le advirtió que si se habían arriesgado a entrar al Edificio de Justicia, lo más probable era que su segundo movimiento fuera entrar en la sede de los senadores, y le sugirió que tal vez estuvieran en la búsqueda de las tres piezas del mapa. Sin embargo Manuel Manzano fue en contra de la opinión del senador, se notaba claramente que entre Martín y Manuel existía una lucha de poderes insufrible. El presidente de la sede de justicia comentó al monarca en turno, que el siguiente paso de los monárquicos sería el Palacio de Baldovinos, y objetó con sarcasmo de que estuvieran en la búsqueda del mapa, ellos más que nadie sabían que las piezas, si es que existían, no se encontraban escondidos en las sedes de los poderes.

Burgos creyó sin pensarlo en el discurso de su segundo al mando, ignorando totalmente lo dicho por el senador, así que se ordenó más

guardias alrededor del Palacio para impedir la entrada de los enemigos.

Mientras tanto los monárquicos organizaban su estrategia para entrar a su segundo objetivo, el Edificio de Maltas. Si la pieza del mapa que les faltaba seguía los patrones de los otros dos, eso significaba que el pedazo de aquel objeto perteneciente a los senadores, estaría escondido en el interior del libro de Historia de la Cámara de los Comunes, y que este se encontraba dentro de la biblioteca de la sede.

No podrían hacer su entrada al mediodía como la vez pasada, sabían que tal vez los estarían esperando. En cambio se fijó como punto de partida la hora de salida del trabajo de la gente del pueblo, no habría muchas personas, pero sí las necesarias para cumplir con su objetivo. Para su salida de la ciudad, se acordó un sitio por el cual escaparían al bosque, sin usar el pasadizo.

A las seis y media de la tarde, el mismo equipo se acercó a los límites del bosque, junto a una fábrica de textiles. En cuanto se dieron las siete en punto, los trabajadores de la textilera comenzaron a salir, los monárquicos se fueron incorporando poco a poco a la multitud y subieron a los diferentes autobuses del personal.

Hasta ese momento no tuvieron problemas para ingresar a la metrópoli. El equipo estableció con anterioridad las paradas en las que los autobuses bajaban a la gente. En parejas descendieron en diferentes puntos y se dirigieron cada par por su lado a la entrada del Edificio de Maltas que estaba a un costado de este. Esperaban que la sede de los senadores se encontrara resguardada por una gran cantidad de guardias, sin embargo al llegar se percataron de que únicamente estaba la seguridad con la que siempre contaba.

Para entrar tenían que pasar por el guardia que vigilaba dicha puerta. Luego de observar unos minutos se dieron cuenta de que la persona que custodiaba la entrada que necesitaban era sin más ni menos el desconocido que llegó al Cuartel General para llevarle el mensaje a Anne.

Esmeralda se acercó a él, intercambiaron unas cuantas palabras y en seguida les hizo una seña para que se arrimaran a la puerta. Christopher, Anne y Alfonso siguieron a Esmeralda, los demás se quedaron vigilando.

El mensajero les dio las indicaciones necesarias para que llegaran a la biblioteca y les explicó los lugares en donde estaban los demás oficiales. Los cuatro se adentraron en el edificio procurando cuidar el ruido de sus pasos, la sede se encontraba sola, un silencio mortal inundaba el sitio.

Luego de varios minutos llegaron a la biblioteca, abrieron la puerta con la llave que el desconocido les proporcionó y entraron. Esmeralda y Christopher se quedaron en el ingreso cuidando que no se acercara nadie,

Anne y Alfonso emprendieron el camino hacia el salón principal. Primero pasaron a la sala de consulta, prendieron un ordenador y buscaron en la red de la biblioteca la ubicación del libro que necesitaban. Después de encontrar el código con el que estaba registrado el libro de Historia de la Cámara de los Comunes, se apresuraron hasta llegar al librero que lo resguardaba.

Batallaron un poco hasta encontrar el sitio correcto, ninguno de los dos conocía aquella biblioteca, como era el lugar de trabajo de Martín, Anne siempre había evitado dicho edificio lo más posible. Cada vez que ella necesitó algún libro que solamente se encontraba ahí, el senador se lo hacía llegar para que no tuviera que acudir al recinto.

Cuando llegaron al librero de la sección de historia, buscaron de prisa lo que querían, ya llevaban más tiempo del que se había acordado. Después de muchos minutos revisando, Anne y Alfonso se vieron aterrorizados, el libro no se encontraba en su lugar. Se cercioraron de que no estuviera oculto con los demás o que estuviera mal acomodado, a pesar de ello no tuvieron mucho éxito.

Regresaron corriendo hasta la sala de consultas, en la página no estaba registrado de que su estatus fuera en préstamo, así que acorde con el programa debía estar en las instalaciones.

Esmeralda y Chris se acercaron a ellos.

- ¿Por qué se tardan demasiado? – preguntó la gitana angustiada.
- No encontramos el libro – contestó con desesperación Alfonso mientras tecleaba en la computadora.
- ¡¿Qué?! – gritó Christopher sorprendido.
- ¡Shhh! – lo regañó Anne – No está en donde debería de estar. Según su registro todavía sigue aquí.
- ¿En qué parte? – cuestionó Esmeralda mirando a su alrededor.
- Si no se encuentra en el estante que le corresponde – comentó Alfonso pensando – Debe de estar en los carritos con libros pendientes de acomodar. Están justo en aquella pared – señaló.

Los cuatro corrieron hasta ese lugar, ahí vieron varios carritos con libros amontonados, cada uno se dispuso a revisarlos, el ambiente se tensó, el plan no estaba funcionando y llevaban mucho en el edificio.

Para su desgracia tampoco se encontraba en los carritos. Miraron a su alrededor, había demasiados estantes como para revisar uno por uno, ya no contaban con tiempo, tenían que salir de ahí.

Retornaron hacia la puerta de la biblioteca, el plan había fallado, lo único que podían hacer era regresar al Cuartel General con las manos vacías y

organizar otro plan.

Al pasar por el vestíbulo, Anne inconscientemente dirigió su vista hacia el segundo piso, el pasillo que llevaba hacia la oficina de Martín estaba encendida. Siguió observando extrañada en esa dirección, los demás corredores permanecían en la oscuridad. Se detuvo unos cuantos minutos a pensar. Los demás al no sentirla cerca la voltearon a ver.

- ¿Qué sucede, Anne? – preguntó Alfonso en voz baja.
- No lo sé – contestó como ida, todavía viendo hasta ese sitio.
- ¡No podemos detenernos! – urgió Christopher - ¡Tenemos que salir de aquí!
- Tengo que hacer algo antes de irnos – comentó de golpe Anne.

Los tres se miraron confundidos, Alfonso fijó sus ojos hacia el lugar en que lo hacía ella.

- ¡No vayas para allá! – ordenó Alfonso.
- Tengo que hacerlo – volvió a decir la reina.
- ¡No tienes que hacerlo! – manifestó preocupado Alfonso - ¡Estás loca! ¡No puedes ir!

Esmeralda y Christopher seguían confundidos, no entendían lo que sucedía.

- ¡Él te traicionó! – replicó su amigo - ¡Recuerda que estuvo involucrado con la muerte de tus padres y tu padrino! No va a dudar en entregarte a los rebeldes.
- Aun así tengo que ir – dijo en voz baja la chica.

Alfonso se comenzaba a desquiciar, no podía creer cómo su amiga podía ser tan tonta, ciega y terca.

- Muy bien, si crees que tienes que ir, yo te acompaño – dijo de pronto Esmeralda.

Anne la miró y asintió con la cabeza, Alfonso refunfuñó, pero no dijo nada en voz alta. Los chicos regresaron a la puerta por la que habían entrado, ahí esperarían su regreso. Las mujeres subieron la escalinata de mármol con rumbo al despacho que en el pasado fue de Frarraga.

El corazón de Anne latía cada vez más rápido con cada paso que la acercaba a la oficina. Reflexionó que era tonto creer que él estaría en aquel lugar, sabía que ahora fungía como el presidente de los senadores y su despacho era otro. Sin embargo había algo en su interior que la guiaba hasta ahí. En su trayecto no se toparon con nadie, las luces de los pasillos que las conducían hasta la antigua oficina de Martín estaban prendidas. Durante su camino Anne pensó que Alfonso tal vez tenía razón, era una

locura lo que estaba haciendo, las luces encendidas únicamente en los corredores que la llevaban hasta ese despacho le confirmaban que todo estaba planeado, lo único que no estaba segura era si se trataba de una trampa, aun así sus pies no dudaban y seguían moviéndose por ese sitio que conocían muy bien.

Al llegar al último pasillo las dos se detuvieron, al fondo estaba la puerta a la que Anne se había sacrificado en llegar.

- Te esperaré aquí – anunció Esmeralda.

Ella asintió y recorrió los metros que le faltaban sola. Cuando estuvo frente a la puerta respiró hondo, no sabía que le deparaba en el interior. Tomó la manija y abrió la puerta, entró. La oficina estaba aluzada sólo con la lámpara del escritorio. Cerró la puerta cuando revisó que no había nadie adentro.

Caminó como hipnotizada hasta el escritorio, en él no había muchos objetos, salvo uno que estaba posicionado en medio. Llegó al escritorio y lo tomó, lo observó por varios minutos, comprobó que tenía entre sus manos el libro de Historia de la Cámara de los Comunes. Lo abrió y lo hojeó hasta la última hoja, ahí estaba el sello de cera con la insignia de los senadores.

Un ruido detrás de ella la sacó de sus pensamientos. Cerró el libro de golpe y volteo, ahí tapándole la puerta se encontraba el senador presidente Martín Frarraga.

- ¡Tú! – dijo Anne en voz alta.

Lo miró a los ojos, aquellos ojos que tanto amaba. En ese instante no podía negar que quería correr a sus brazos, se contuvo, tenía que recordar lo que él había hecho, lo que Alfonso le había dicho unos minutos antes.

- ¡Eres un desgraciado! – continuó la reina - ¡Un traidor! ¡Jamás pensé que serías capaz de todo esto!

Martín la observó, la mujer que tenía delante ya no era la que él había conocido. Las facciones de su rostro angelical ya no se mostraban cálidos, en su lugar las habían reemplazado un aspecto duro. Debajo de sus ojos aparecieron unas ojeras enormes, causadas por llorar y muchas horas sin dormir, todo eso era únicamente una pequeña referencia de lo que había vivido su amada luego del levantamiento. Frarraga suspiró hondo.

- ¡Tienes que irte! – ordenó el senador.

- ¡No me iré hasta que me expliques todo! – replicó Anne.

- Se te acaba tu tiempo – respondió Martín fríamente.

- ¿Por qué me ilusionaste? – cuestionó Anne ignorando lo que acaba de decirle – ¿Desde el principio yo era parte de tu plan como miembro de los rebeldes?

Martín no respondió, solamente la miraba fijamente sin hacer ni un gesto o movimiento.

- ¡Tienes que irte! – repitió el catedrático severamente.

En el interior de Anne nació un nuevo sentimiento. Odio, odio era lo que ahora sentía por él.

- ¿Cómo pudiste hacerme esto? – siguió la reina - ¡No eres el hombre que pensé que eras!

El senador hizo una mueca de disgusto, lo que ella le acababa de decir le había dolido en lo profundo de su corazón.

- ¡Tú no sabes nada! – gritó molesto Martín.

- Pues entonces cuéntamelo – replicó Anne.

- No es el momento, ni el lugar – respondió Farraga cerrando los ojos, tenía que contenerse, le sacaba de quicio que la chica fuera tan terca - ¡Tienes que salir de aquí ahora! – dijo en un tono autoritario.

- ¡No lo haré! – recalcó la reina.

- ¿Por qué tienes que ser tan terca? – gritó desesperado el senador - ¿Qué no entiendes que corres peligro aquí?

- Y a ti que te importa si me pasa algo – le recriminó Anne.

- ¡Vete, ahora! – gritó enojado Martín.

- ¡Te odio! – le contestó en un grito Anne.

Martín la miró sorprendido, no podía creer que la chica que tenía enfrente acabara de pronunciar aquella frase. En su vocabulario no existía esa palabra, durante todo el tiempo que llevaba conociéndola nunca había odiado a nadie, y ahora le dirigía ese sentimiento a él. Farraga trató de hablar, pero en su garganta había un nudo que le impedía hacerlo.

- No lo dices en serio – dijo el senador por fin con voz apagada.

- ¡Claro que es verdad! – reafirmó la reina en voz alta - ¡Te odio! ¡Te prometo que cuando acabe la revolución y tome el puesto que me corresponde, tendrás un final como el que recibió mi padre!

El senador se quedó mudo, definitivamente ella ya no era más la mujer que había amado con locura. De repente una alarma sonó en el edificio, Martín salió de su estado de shock rápidamente. Comprendió que esa era la señal de que los rebeldes descubrieron la presencia de Anne.

- ¡De prisa! – dijo el catedrático tomando del brazo a Anne.

Ella trató de zafarse, pero él la agarraba con fuerza. Martín la jaló fuera de la oficina, a la mitad del pasillo se toparon con Esmeralda.

- ¡Sígueme, Esmeralda! – ordenó Martín.

La gitana sin decir nada obedeció al senador, este las llevó por los corredores a oscuras, conocía plenamente ese lugar. Entraron en la sala en la que se llevaban a cabo las sesiones plenarias de los comunes. Cerró la puerta detrás de ellos.

- Por esa puerta hay un cuarto en donde se guardan las cosas del aseo – les señaló Martín - Es un sitio pequeño, pero en una de sus paredes se encuentra una entrada a un pasadizo que las llevará lejos de aquí – continuó dirigiéndose a Esmeralda – Las dejará a una cuadra de la Catedral de San Lorenzo, ahí podrán tomar el otro para salir al bosque.

Esmeralda asintió en silencio, Anne los observaba confundida, Martín le acababa de hablar a la gitana como si la conociera. En seguida el senador soltó a la chica, la miró unos segundos.

- ¡Llévatela! – le ordenó Frarraga a Esmeralda.

La mujer tomó del brazo a la chica y corrió con ella hasta la puerta que él le había dicho. En el interior comprobaron que efectivamente se trataba de un pequeño cuarto. Las dos comenzaron a buscar con desesperación el ingreso al pasadizo. Esmeralda por error movió un candelabro viejo, detrás de ellas se abrió una puerta, saltaron hasta aquel lugar y cerraron por dentro.

Las mujeres corrieron por el túnel hasta llegar a su final, de ahí salieron a una especie de tienda de antigüedades. Revisaron la calle para cerciorarse de que no había guardias rebeldes, luego se alejaron caminando rápidamente, entraron a la Catedral de San Lorenzo y se incorporaron al otro pasadizo que las llevaría al bosque.

Las dos recorrieron su camino en silencio. En ese instante a Anne le surgieron muchas preguntas que hacerle a Esmeralda, sin embargo entendía que no era el momento de planteárselas. En ese minuto lo único que importaba era que llegarán a salvo al Cuartel General. La reina esperaba que los demás del equipo estuvieran bien, que hubieran podido escapar de la ciudad. Se aferró al libro que llevaba en sus manos, ahora tenían el mapa completo.

Capítulo 8

Capítulo 8

El mapa

Alejandro Burgos gritaba como loco y aventaba lo que estaba a su alcance, nuevamente se le habían escapado de las manos los monárquicos. Manuel Manzano aguantaba los insultos con la cabeza agachada, Martín en una esquina disfrutaba de la escena.

- ¡Son unos incompetentes! – gritó con furia Burgos.
- Señor... - trató de hablar Manuel.
- ¡Tú cállate! – ordenó el monarca ilegítimo – Por tu culpa estamos en esta situación. Frarraga, ¿qué tienes que decir al respecto?
- Si me lo permite, señor – dijo Martín seriamente – Yo se lo advertí. A pesar de ello usted insistió en que se reforzara el Palacio de Baldovinos y dejó desprotegido el Edificio de Maltas. Mis guardias no pudieron con ellos, eran más que mi personal de seguridad. Lo único que pudieron hacer fue derribar a un soldado y lesionar a otro más, sin embargo lograron escapar.
- ¿Qué es lo que fueron hacer ahí? – cuestionó el líder rebelde intentando calmarse.
- Al parecer su objetivo fue entrar a la biblioteca en búsqueda de un libro – contestó el senador presidente.
- ¿Cuál? – interrogó el soberano impuesto.
- La Historia de la Cámara de los Comunes.

Burgos se quedó callado unos cuantos segundos reflexionando.

- ¿Y lo encontraron? – preguntó por fin Alejandro.
- Creemos que sí - confirmó Frarraga - Los bibliotecarios hicieron una revisión exhaustiva y era lo único que faltaba.
- ¿Qué tiene ese libro de especial? – volvió a preguntar el monarca ilegítimo dando un paseo por la oficina.
- Nada – mintió Martín – Es un simple libro de historia. Hace algún tiempo lo leí y no dice nada a simple vista que sea de relevancia.
- Entonces, ¿por qué fueron por él? – gritó deteniéndose Alejandro.
- Lo ignoro – contestó tranquilamente Martín – Aun así he ordenado que revisen una copia para averiguarlo.

Burgos asintió, continuó dando varias vueltas por el despacho.

- ¿Cuál crees que sea el siguiente paso de ellos? – preguntó de golpe su

jefe.

Manuel estuvo a punto de hablar, sin embargo Burgos lo calló levantando la mano.

- Señor, creo que esta vez se tomarán un par de días para moverse – respondió el presidente de los senadores - Pensarán que hemos descubierto sus planes. Retrocederán un poco para su siguiente asalto – pausó unos segundos pensando - Necesitan entrar a un lugar más en búsqueda tal vez de otro libro. Esta vez su objetivo será el Palacio de Baldovinos. Curiosamente los manuscritos que han robado de las bibliotecas de justicia y de los comunes, describen la historia de esos edificios. Por lo que investigué y esta sede cuenta con uno igual.
- ¿Necesitan entrar a la biblioteca de este Palacio? – preguntó Alejandro.

Martín asintió, Burgos caminó pensativo.

- Encárgate de esto, Frarraga – ordenó el rey rebelde – Encuentra ese libro y tráemelo.

El senador nuevamente asintió con la cabeza y salió de la oficina. Durante ese día hubo mucho movimiento en la biblioteca del Palacio de Baldovinos. Fue hasta en plena madrugada en que Martín entregó al monarca rebelde el texto de la Historia del Palacio. Alejandro estaba feliz, por primera vez sentía que les tomaba la ventaja a los monárquicos.

Aunque pasó horas leyendo ese libro no entendía la razón por la cual los tres manuscritos eran importantes para la reina Anne. Sabía que tenían un significado poderoso para que sus enemigos entraran en una ciudad sitiada con la única finalidad de robarlos. Burgos cerró el libro por vigésima vez, ya estaba cansado de pasar sus hojas y que estas no le revelaran nada.

Un llamado en la puerta rompió el silencio del despacho del monarca, el que antes le correspondía a Felipe VI.

- ¡Adelante! – ordenó Burgos tallándose los ojos.

El senador entró en la oficina.

- ¿Me buscaba, señor? – preguntó mirándolo fijamente.
- Sí – contestó desesperado mientras pasaba sus manos por su rostro – Quiero que revises este libro personalmente – le arrojó el texto al escritorio – Encuentra la razón por la que los monárquicos lo quieren.
- En seguida, señor – respondió Martín tomándolo.
- Por ninguna razón debe caer en manos de los enemigos – advirtió

Alejandro.

Frarraga asintió y salió con el objeto en dirección al Edificio de Maltas a realizar su encomienda.

Mientras tanto los monárquicos se encontraban en el Cuartel General reponiéndose de las dos bajas que habían sufrido luego del saqueo al edificio de los senadores. Uno de los soldados monárquicos falleció en la ciudad durante la misión y otro estaba gravemente herido.

La reina Anne convocó a una reunión urgente para juntar las tres piezas del mapa. El equipo encargado de la misión llegó poco a poco a la sala de reuniones de operaciones, y al estar todos presentes se extrajo del libro de Historia de la Cámara de los Comunes la tercera pieza. El jefe de seguridad unió con cuidado todas las partes.

El grupo se asombró al ver el mapa completo, en este se marcaban diversos pasadizos que unían a las sedes de la Trinidad Igualitaria. Cada uno de ellos conducía a las catacumbas que existían debajo de la Explanada de los Fundadores. En ese sitio se creía que descansaban los cuerpos de los veintitrés personajes que fundaron la ciudad de Pritige.

En cada una de las sedes del poder había un túnel que llevaba hasta ese lugar. Aunque todavía no sabían ciertamente que contenía ese espacio, la leyenda contaba que además de las tumbas, era hogar de grandes cantidades de oro y joyas preciosas, y en algún tiempo en la historia, se convirtió en el escondite elegido por los representantes de los tres poderes, para salvaguardar aquel misterioso documento que auguraba poder y control total sobre Pritige a quien lo poseyera.

Nadie de los reunidos en la sala creía en la existencia de ese papel. Lo cierto era que si Alejandro Burgos estaba decidido en buscarlo, ellos harían lo mismo.

A pesar de que Alejandro tuviera sitiada la ciudad, los monárquicos hasta ese instante tenían una gran y poderosa ventaja, contaban con el mapa. El capitán Machado entendía que debía de organizar muy bien su estrategia, él como los restantes del grupo sabían que no podían entrar en ninguna de las sedes de la Trinidad Igualitaria para penetrar en aquellos pasadizos, luego del robo de los libros estaban convencidos de que los edificios contarían con la mayor de las protecciones.

No sabían si el monarca tenía conocimiento de que poseían el mapa, pues después de las dos operaciones realizadas, dudaban que no entendiera la razón del robo de los libros. Anne comprendía claramente de que Martín conocía la existencia de las piezas del mapa en el interior de los libros de historia, por esa razón escondió el perteneciente a su sede en su antiguo despacho. Aun así existía algo que ella no podía entender, Frarraga le

había ayudado a escapar junto con Esmeralda, y sobre todo era obvio que no se trataba de una simple coincidencia de que justamente el objeto que ella buscaba estuviera a la vista en el escritorio del senador.

Anne había creído que lo ocurrido en el Edificio de Maltas fue una especie de trampa que no les salió bien a los rebeldes. El senador presidente era la única persona que sabía de la intrusión de los monárquicos en el edificio. Nadie del grupo que realizó esa misión comprendía cómo se había activado la alarma que les avisó a los rebeldes de su presencia en el recinto. La joven reina intuía que únicamente el catedrático pudo activarla.

Este pensamiento resonó en su mente, ocasionado que enfureciera. Odiaba a aquel hombre por el que ella había dado lo que fuera para estar juntos. Sacudió la cabeza, trató de alejar esos pensamientos, tenía que dejar de pensar en él, al fin y al cabo este ya no debía valer nada para ella.

El capitán Machado revisaba con atención el mapa tratando de planear la forma de entrar a aquellas catacumbas. En seguida de varios minutos en silencio, sus ojos captaron algo que le llamó la atención. Se dio cuenta de que existía otro pasadizo, uno que no emanaba de ninguna de las tres sedes de la Trinidad Igualitaria. Se acercó al papel para observarlo mejor, sin embargo no le quedaba claro el sitio al que llevaba el mismo. Tomó un mapa actual de la ciudad y lo comparó con el viejo. Después de meditar unos cuantos minutos nuevamente en silencio, entendió cuál era el destino de ese túnel.

- Podremos ingresar a las catacumbas por este cuarto pasadizo – reveló el capitán señalando el mapa antiguo.

- ¿Cuál es ese edificio por donde empieza el túnel? – preguntó el príncipe Christopher observando con detenimiento el punto señalado por el capitán.

- Era un pequeño edificio de gobierno que desapareció hace algunos años. Ahora es sede de la Biblioteca Pública del Estado. Se dice que fue la residencia de la monarquía antes de la creación del Palacio de Baldovinos.

Anne reflexionó unos segundos, ahora comprendía lo ocurrido semanas atrás. Alejandro Burgos no había estado tan perdido al final de todo, siempre estuvo en lo cierto, ya que realizó su búsqueda del mapa en los lugares casi correctos. La reina confirmó al ver ese pasadizo, que las alarmas que se activaron para evacuar los edificios de justicia, de Maltas y de la misma biblioteca fueron a causa de los rebeldes, puesto que se encontraban buscando las tres piezas, las cuales no pudieron encontrar.

También la joven reina se dio cuenta de que su enemigo tal vez nunca pensó que las partes estarían bajo la protección de un libro, uno simple que narra la historia de cada sede. Sonrió, Burgos había subestimado el

poder de un libro, y ahora ellos le demostrarían que quienes no conocen su historia estaban condenados a repetirla.

Capítulo 9

Capítulo 9

Reivindicación

El bosque se encontraba casi en total oscuridad. La luna en su cuarto menguante no alcanzaba a dar la luz necesaria al viajero que caminaba entre la espesa vegetación. Se detuvo unos minutos a tomar aire y a descansar. Luego de su escape de la ciudad de Pritige había estado corriendo unos cuantos kilómetros para que los rebeldes no lo alcanzaran, y en cuanto entró en lo más profundo del bosque pudo cambiar su paso a uno más ligero, puesto que ya estaba en un sitio seguro.

Respiró hondo y aunque le dolía todo el cuerpo por el viaje que realizaba, se paró y emprendió su camino. En esos instantes se sintió más viejo de lo que creía que era, sabía que ya estaba en los sesenta, sin embargo estos últimos siete meses habían hecho que envejeciera de golpe. Comprendió que esa situación no sólo le pasaba a él, sino también a los demás habitantes de la ciudad, ya que el derrocamiento del rey Felipe VI había cambiado a todos. Nada era igual que antes.

Con las pocas fuerzas que le quedaban continuó sus pasos. Por un momento pensó que no podría lograrlo, no obstante en su mente se repetía que ahora más que nunca debía salir adelante, tenía sobre sus hombros una gran encomienda que podría ayudar a que los monárquicos regresaran al poder, que las aguas del río volvieran a su cauce. Por un instante creyó que ya era demasiado viejo para el cargo que desempeñaba, había dedicado la mayor parte de su vida a ser el secretario particular del rey.

El hombre había ascendido a dicho puesto cuando el rey Fernando III tomó el trono. Después de la muerte de este acompañó a su hijo Felipe VI a gobernar. Ahora le correspondía hacer lo mismo con la reina Anne. Pensar en ella le traía esperanza a su corazón, estaba dispuesto a lo que fuera para que la chica se coronara en el puesto que le correspondía, aunque eso le costara la vida.

Miró al cielo, estaba a punto de amanecer. Respiró hondo, ya sólo le faltaban unos cuantos metros para llegar al Cuartel General. Pudo ver mucho más cerca la mina abandonada. Sus pies resurgieron con decisión, caminó más rápido, su corazón latía frenéticamente porque por fin estaría con los suyos.

Adrián llegó a las puertas del Cuartel General. Fijó la vista en la cámara de seguridad, y minutos después las puertas se abrieron para darle paso a su refugio. Entró con la cara en alto como siempre había sido, era momento de cumplir su misión.

El capitán Machado avisó inmediatamente a la reina de la llegada del secretario particular. La soberana corrió hacia él y le dio un gran abrazo olvidándose de los protocolos. Romero era uno de los pocos que quedaban de su pequeña familia. Su presencia reconfortó a la chica, pues a través de ese hombre podía sentir de alguna manera a su padre. Anne lloró en sus brazos, Adrián la tomó con fuerza, a pesar del cargo que ahora representaba, seguía siendo la niña linda que corría sin parar por los pasillos del Palacio.

Anne se separó del secretario para darle espacio. Aprovechó para observarlo, le pareció más viejo que la última vez que lo había visto, aunque claro que no era el único, todos habían sufrido lo mismo desde el levantamiento. Ordenó que se le brindaran todas las atenciones que el recién llegado necesitara.

- Eso no importa ahora – comentó el secretario – Tenemos que prepararnos para el contraataque.
- No te preocupes por eso – contestó Anne – Ya estamos en su organización. Tenemos una gran ventaja sobre los rebeldes.
- Ya no – interrumpió Romero – Martín le ha revelado a Burgos lo que contenían los libros que han sacado de las sedes de la Trinidad Igualitaria.

Todos los presentes en aquel encuentro se quedaron impactados con la noticia, su estrategia se iba por el suelo.

- Frarraga ha dicho a Alejandro que las tres piezas del mapa están en sus manos, majestad – continuó el hombre – Ahora se ha ordenado sitiar las tres sedes del poder para evitar que entren.

La reina miró angustiada al capitán Machado, este pensaba sobre la situación.

- Pero Frarraga no dijo nada sobre la entrada de la Biblioteca Pública del Estado – meditó el príncipe Christopher – Así que ese lugar sigue siendo nuestra mejor opción.
- Eso es cierto – manifestó el capitán – Burgos estará demasiado preocupado por los otros tres edificios que nos dejará el paso libre para llegar ahí.

Christopher asintió con la cabeza. Anne nuevamente se acercó al

secretario.

- ¿Cómo fue que escapaste? – le preguntó Anne.
- Alguien me ayudó a salir de ahí – dijo Adrián – En cuanto supe esta información sabía que debía venir para acá.

Anne movió la cabeza afirmativamente. Pensó unos cuantos minutos en silencio, había algo que no cuadraba en lo que les acababa de revelar el ayudante a la corona, ¿cómo era posible que Martín supiera que poseía el mapa?

- El senador supo desde el principio que usted iría en busca de las piezas del mapa – respondió Adrián a las preguntas que ella todavía no pronunciaba.
- ¿Cómo lo sabía? – cuestionó confusa Anne.
- Porque él fue quien alguna vez le contó aquella leyenda sobre la Guerra del Inicio. Por eso tenía el libro del Edificio de Maltas en su escritorio.
- Él lo puso ahí porque quería ponerme una trampa – replicó la reina – Sabía que iría a buscarlo.
- No – contestó el secretario – Lo colocó ahí para que usted pudiera tomarlo sin dificultad.

Anne movió la cabeza de un lado a otro. Comenzó a sentir que todo le daba vueltas, no entendía nada, lo único que sabía con claridad, o por lo menos eso creía, fue que Martín era un traidor.

- ¡No! – gritó Anne – Él es un traidor – su voz resonó en toda la habitación
- Y como tal acabará de la misma forma en que lo hizo mi padre.

Adrián abrió los ojos demasiado, estaba impactado con aquella revelación. Miró fijamente a ese rostro que ahora llevaba un semblante frío, dejando atrás esos trazos de inocencia, y pudo ver en ella odio. Odio hacia el hombre que algunos meses atrás le profesó amor verdadero.

- ¡Ya no puedo más! – explotó de repente Esmeralda – Padre ¿le cuentas a Anne la verdad en este momento o lo haré yo? – sentenció mientras miraba seriamente a Adrián.

El capitán Machado, Christopher y Alfonso se quedaron sorprendidos por las palabras que acababan de escuchar, observaron detenidamente a los dos. Anne estaba impactada, no sabía que Esmeralda era hija de Adrián. En ese preciso momento se dio cuenta que sabía muy poco de la vida personal del secretario particular de su padre, a pesar de que lo conocía desde sus primeros meses cuando era una bebé. Recordó que alguna vez se había comentado entre el personal del Palacio sobre la existencia de una hija del asistente a la corona, pero que pocas veces lo visitaba.

Romero siempre se había caracterizado por ser un hombre reservado, virtud que lo hacía cumplir a la perfección con el puesto que se le otorgó dentro de la monarquía. Por esa misma razón su padre, el rey Felipe VI lo aceptó como su mano derecha.

Adrián suspiró hondo, esta vez su hija tenía razón, ya eran demasiadas mentiras, Anne se merecía saber toda la verdad.

Capítulo 10

Capítulo 10

Revelaciones

Luego de unos cuantos minutos en silencio, el secretario particular tragó saliva, también estaba harto de esconder cosas. Era el momento de la verdad.

- Su majestad, tiene que entender que lo que le voy a contar, se había acordado no revelárselo por su seguridad – empezó Adrián – Por tal razón, no debe de tener rencor por lo que hicimos para protegerla, incluyendo a su padre, el rey.

Anne lo miró fijamente, asintió con la cabeza.

- Tengo entendido que usted ya conoce ciertas partes de la historia, sólo que han sido mal interpretadas, así que le contaré desde el principio para que entienda el rol que todos hemos tomado – comenzó a decir serenamente el asistente de la corona.

Romero tomó aire para seguir con el relato, eran demasiadas cosas que revelarse, y no sabía cómo iba a reaccionar la chica.

- Poco después de que usted empezara su relación con el senador Martín Frarraga, el rey Felipe VI ya lo sabía. Siempre ha procurado que tenga la mayor de las protecciones, así que supondrá que no estaba de acuerdo de que su única hija tuviera una relación con un hombre que le doblaba la edad – tomó un poco de agua, la boca se le reseca conforme hablaba - Así que comenzó a investigar sobre él. El Comandante General se encargó personalmente de investigarlo, sin embargo por más que buscaron no encontraron nada malo. Su padrino insistió ante el monarca en que no debían estar juntos, y entonces fue cuando yo intervine.

En la sala de juntas en la que se encontraban no se podía escuchar más que la voz del secretario particular, la pequeña reina seguía con atención la historia.

- En una audiencia privada entre su padre y yo, le comenté que conocía al senador desde que este estaba muy pequeño. Fui amigo de sus padres, los cuales como usted ya sabrá, por circunstancias trágicas murieron cuando él tenía veinte años. En la infancia fue el mejor amigo de mi hija Esmeralda. Ambos se llevaban como si fueran hermanos, así que al quedarse solo mi familia lo apoyó en lo que necesitaba. La muerte de sus

padres lo empujó a ser el hombre que hoy es. Salió adelante en sus estudios, consiguió una carrera exitosa y ha apoyado al pueblo en la manera en que ha podido.

Adrián hizo una pausa, no quería perder ninguno de aquellos recuerdos, para que Anne entendiera todo.

- Luego de mi conversación con su padre, decidió dejarlos seguir con su relación. La veía tan enamorada, que la única razón por la que podría haberle impedido estar con Frarraga, justamente la diferencia de edades, ya no pareció importante. Escuché que usted sabe de la visita que el rey le hizo al senador un día antes del levantamiento.

- Sí – contestó la chica – El día en que mi padre le hizo prometer que me protegería. Promesa que jamás cumplió...

- Déjeme decirle, con todo respeto, su majestad, que está en un error – la interrumpió el asistente de la corona.

Ella se quedó perpleja, al parecer la historia que conocía no era completamente cierta.

- El día en que se vieron en el edificio de Maltas, me atrevo a afirmar que no era la primera vez que lo hacían. Ya habían tenido pláticas en privado desde algunos años – repuso Romero.

La joven reina seguía sorprendiéndose con cada palabra que el secretario particular revelaba. Martín jamás le contó que había estado en contacto con su padre. ¿Por qué había tenido que ocultárselo? Adrián prosiguió con su historia.

- Llevaban dos años de noviazgo cuando de repente Martín me contactó. Muy pocas veces se acercaba a mí, debido a los puestos que ambos desempeñábamos. Me extrañó la urgencia con que pidió nos reuniéramos. Así que inmediatamente arribé al lugar pactado. Al llegar lo vi nervioso, como desesperado – Romero dio un suspiro largo, entendiendo que lo difícil estaba por revelarse - Entonces me contó que se enteró por unas fuentes confiables de que el grupo rebelde había vuelto a Pritige, y que planeaban una nueva revolución. Se habían preparado desde años para ese acontecimiento y ya contaban con casi todos los recursos para lograrlo. La razón por la que me citó aquel día fue para que yo le transmitiera dicha información al rey. Aunque él no creía mucho en la monarquía, sabía perfectamente que si realmente llegaba a suceder ese acontecimiento sería un desastre para la ciudad, pero sobre todo tenía muy en claro que la vida de la mujer a la que amaba estaba en peligro.

Adrián miró a Anne directamente, esperando que esta dijera algo, en cambio al ver su silencio, continuó.

- En cuanto llegué a Palacio luego de aquella plática, le hice del conocimiento al rey toda la información que me había proporcionado el senador. Su padre me pidió que lo contactara con Martín para tener una conversación a solas con él.

En ese lugar nadie hacía ningún ruido, Christopher y Alfonso estaban impactados, Anne sorprendida.

- El encuentro se llevó a cabo dos días después. Yo acompañé al rey. Fue al principio un momento incomodo, porque era la primera vez que se veían en persona a solas – siguió hablando Romero - El senador en esa plática se dio cuenta de que el rey ya estaba enterado de su relación. Aquel día acordaron que Martín seguiría reportándole directamente a su padre cualquier cosa que se enterara sobre los rebeldes.

El secretario particular hizo una pausa, su cuerpo le dolía mucho por el viaje, no obstante debía continuar revelando la verdad.

- Luego de esa charla, hubo una serie de reuniones entre ellos, y poco a poco ambos comenzaban a sentirse más cómodos con la presencia del otro. El rey jamás se lo dijo a Frarraga, pero estaba totalmente agradecido de que se preocupara por usted. Fue entonces que su padre entendió que realmente Martín la amaba – Adrián volvió a suspirar, movió un brazo que le ardía debido a un golpe de una rama de un árbol durante su largo camino al Cuartel General - Al estar la rebelión más cerca de realizarse, el monarca le hizo prometer al senador que cuidaría de usted en todo momento, a lo cual aceptó él sin pensarlo dos veces. Con el paso del tiempo decidieron que alguien de confianza debía de entrar como espía al grupo rebelde. El Comandante General dispuso al mejor de sus hombres para tal tarea.

Anne abrió demasiado los ojos por la sorpresa, al percatarse de que su padrino estaba también inmiscuido en la historia.

- Sí – le confirmó todas sus dudas mentales el secretario particular al ver su rostro – Ronel sabía todo, incluso un par de veces estuvo con nosotros en las reuniones que se sostenían con Martín. La estrategia estaba fríamente preparada, enviaríamos a un espía para que nos proporcionara toda la información necesaria para terminar con la revuelta, pero la situación cambió cuando inesperadamente un día Alejandro Burgos, el líder de los rebeldes, se presentó en la oficina del senador para ofrecerle se uniera a su causa.

El capitán Machado fijó la mirada hacia el asistente de la corona, sus pensamientos estaban trabajando demasiado rápido, todavía no podía sacar una decisión respecto si ese senador del que hablaban era confiable o no, y lo más importante, saber qué papel desempeñaba aquel hombre

en la historia.

- Burgos había estudiado muy bien a Martín, estaba reclutando a altos funcionarios para que fueran sus informantes – explicó Adrián - Conocía la trayectoria de Frarraga, así como los ideales de este. Le agradaba la idea de que no concordara con los pensamientos de la monarquía, así que vio en él una potencial alianza.

Christopher quiso decir algo, sin embargo el asistente de la corona lo detuvo con un movimiento de mano mirándolo de reojo.

- Inmediatamente el senador le comunicó al rey lo que le estaban proponiendo, no quería malas interpretaciones, porque realmente estaba enamorado de usted – manifestó Romero observando directamente a la soberana, y quitando las dudas que se apoderaban del joven príncipe - El Comandante General propuso que la persona indicada para hacer las labores de espía, y dadas las circunstancias que se estaban presentando, debía de ser el mismo senador. Obviamente al principio el rey se negó por completo, no estaba dispuesto a arriesgar al hombre del que estaba profundamente enamorada su hija. Sabía que si algo le sucedía, jamás se lo perdonaría. A pesar de ello al final se tuvo que recurrir a este para que hiciera dicha tarea, pues el hombre que se encargaría de ello fue rechazado por los rebeldes. El senador aceptó únicamente por petición del monarca y así fue como entró de encubierto en el grupo rebelde.

Hizo una nueva pausa, siguió mirando a Anne, comprendía que le estaba dando demasiada información para procesar, así que aguardó unos minutos hasta que ella estuviera lista para escuchar lo que restaba de la historia.

- Durante estos tres años Martín trabajó con la corona proporcionándonos información. Nadie sospechaba de él, no obstante se encontraba demasiado bajo de nivel para conocer a detalle los datos de la rebelión. Así que se le propuso al senador que tenía que ganarse la confianza del líder, debía convertirse en su mano derecha – soltó de golpe el secretario particular - He de confesarle que el rey tampoco le parecía esta decisión, estaban involucrando demasiado a Frarraga, y cada vez corría más peligro – movió la cabeza en sentido negativo - Para que este plan funcionara, Martín debía de ofrecer algo a cambio para que Burgos empezara a confiar en él, así que luego de varias pláticas se decidió que este pactara con el líder de los rebeldes acercarse a usted.

Adrián desvió la mirada de la joven reina, le daba vergüenza contar esa parte del relato. Desde el inicio había estado en contra de esa estrategia, pero no había dependido de él esa decisión.

- En seguida de que el senador se lo propuso a Burgos, este le pareció muy bien tener vigilada y controlada a la heredera al trono. Así que

Frarraga mintió a Alejandro diciéndole que podía enamorarla para usarla como él quisiera. Claro que al principio Martín no estaba de acuerdo en eso, pero aceptó porque el rey nuevamente se lo pidió – confesó en voz baja Romero.

Anne no sabía cómo tomar esas palabras, por una parte se sentía mal porque había juzgado de manera errónea al hombre que siempre le dijo con sinceridad que la amaba, incluso estaba arriesgando su vida para poder ayudar a una causa que no compartía, pero que la involucraba a ella. Y por el otro lado se sentía ofendida de que tanto su padre, como el Comandante General la metieran como señuelo en ese juego sucio.

- Obviamente eso hizo que Alejandro empezara a confiarle ciertas cosas. Desde ese momento Martín escaló muy alto en los rebeldes, hasta que se convirtió en el número tres. Quisiera aclarar una cosa, Burgos solamente confiaba plenamente en Manuel Manzano, quien es su segundo al bordo hasta que apareció Frarraga. Este crecimiento rápido del senador llamó mucho la atención de Manuel, ya que Alejandro siempre lo había considerado para todo, y en cuanto Martín se hizo muy cercano a su jefe, comenzó a dudar de la supuesta lealtad de este con el líder rebelde.

Romero tragó saliva, revelar la verdad le estaba costando demasiado, habían sido años de secretos, y ahora que los sacaba a la luz, sentía que sus hombros se deshacían de una carga enorme.

- Manzano llevaba años con Burgos, se conocían desde niños. Compartían los mismos ideales, el sentimiento de venganza, y que un extraño de pronto lo quisiera superar, no iba a permitirlo – nuevamente el asistente de la corona sacudió la cabeza negativamente - Así que comenzó a investigar sobre Frarraga, y entretanto aconsejó al líder que tuviera mucho cuidado con él. Como Manuel estaba todo el tiempo detrás de Martín, planeamos ciertos acontecimientos en los que se reflejara que la monarquía no lo quería, que dudaban de él por una parte, y por otra le pedían ayuda. El Comandante General tuvo una escena simulada en su despacho, en la que el primero le reclamó sobre los rumores de que era miembro del grupo rebelde. Y luego el rey tuvo que hacer otra simulación en donde le hacía prometer al senador que la cuidaría en caso de que él faltara.

La reina entonces entendió las pequeñas partes que tenía de la novela, por sí solas dejaban mucho a la imaginación, pero ya con el contexto se daba cuenta de que todo había sido una total mentira. Tuvieron que fingir para que no lo descubrieran.

- Pensábamos que Alejandro le confiaba completamente todo a Martín – prosiguió el secretario particular - Sin embargo nos enteramos de que había cosas que se guardaba únicamente para él y Manuel, como el día

exacto del levantamiento de los rebeldes.

Adrián miró a Esmeralda, le estaba pasando la batuta de la historia para que la continuara.

- Nadie sabía cuándo se llevaría a cabo dicha revolución – comenzó la gitana – Fue por cosas del destino cómo nos enteramos de ello. De hecho fue gracias a las cartas del tarot.

Ella miró a la chica, Anne recordaba ese día como si hubiera sido el anterior.

- Por casualidad te encontré en la Explanada de los Fundadores – explicó la gitana - Sabía perfectamente quién eras, pero no conocía tu relación con Martín. Luego de que te conté lo que decían las cartas y te pedí que te fueras de la ciudad con tu familia, corrí en busca de Frarraga. Él escuchó atentamente lo que le explicaba, y cuando le dije que había sido a ti a quien le hice la predicción, su rostro me lo dijo todo. Comprendí que la mujer de la que tanto me había hablado eras tú.

La joven reina la miró confusa, no pensaba que el senador le hubiera contado a nadie de su relación, salvo a Rose.

- Como te acaba de explicar mi padre, él y yo siempre fuimos los mejores amigos, y eso no cambió cuando nos hicimos mayores. Aunque cada uno tomó su rumbo, seguimos en contacto – Esmeralda suspiró y cerró los ojos por unos instantes - Después de nuestra charla, me pidió que me escondiera, ya que si los rebeldes se llegaban a enterar de la predicción correría peligro, así que me refugié por un tiempo con unos amigos. Mientras tanto, Martín te siguió el juego cuando fuiste a contarle la historia, claro que para ese entonces, mi padre, el comandante y hasta el mismo rey ya sabían del asunto, puesto que él fue a decirles. Es por eso por lo que no encontrabas a tu padre, porque estaba muy ocupado tomando las medidas necesarias para evitar el levantamiento, y por esa misma razón te pidió que guardaras el secreto.

- Poco después de la predicción nos dimos cuenta de que el levantamiento estaba por suceder, era cuestión de días de que estallara – intervino el secretario particular para puntualizar algunos puntos importantes de la historia - Así que elaboramos entre los cinco un plan para cuando sucediera. Acordamos que refugiaríamos al rey y a toda su familia en Palacio de Baldovinos, porque ese edificio fue construido justamente para ser una muralla invencible, sabíamos tranquilamente de que ellos jamás podrían ingresar. Desgraciadamente todo cambió la víspera del evento.

Adrián hizo una pausa para suspirar lentamente, ya que su voz se estaba quebrando debido a la frustración que le traía ese recuerdo.

- Una noche antes, Martín se enteró de que ese viernes se llevaría a cabo la rebelión y nos juntamos para repasar el plan – habló en voz baja Romero - Sin embargo, otra vez tuvimos que cambiar de estrategia conforme íbamos conociendo los detalles de la manera en que se realizaría. Todo este desorden surgió porque Alejandro no le estaba contando nada de los planes a Frarraga, supusimos que Manuel había insinuado algo malo al líder de los rebeldes sobre él que hizo que no lo metiera por completo en sus planes. Fue como si Burgos lo estuviera midiendo para ver qué tan devoto era de su causa – suspiró hondo, la tragedia estaba por venir - Jamás vimos lo que estaba por ocurrir hasta unas horas antes del levantamiento.

El secretario particular contuvo unas cuantas lágrimas que estaban a punto de caer de sus ojos.

- Burgos ordenó a Martín que fuera el cebo para atraer al rey fuera de Palacio – dijo con voz temblorosa Adrián - Al principio este se negó, pero el rey lo obligó a que lo hiciera, argumentando que prefería morir antes de que almas inocentes, incluidos la familia real, cayeran en sus manos. Sin querer, y con el corazón hecho trizas por lo que eso significaba, el senador le entregó en persona a tu padre. Pensamos que con eso el líder de los rebeldes estaría demasiado contento con él, sin embargo nuevamente nos equivocamos. Después de la captura del rey, Alejandro le pidió una última prueba para confiar plenamente en Frarraga... - decía el secretario quitándose algunas lágrimas que lograron escapar.

- ¿Qué fue lo que le pidió? – preguntó Anne con miedo, aunque ya sabía la respuesta.

- A usted – respondió Adrián – Se dará cuenta de que eso lo hizo ponerse histérico, por nada en el mundo la entregaría, así que le ofreció algo más fuerte... le dio el Palacio de Baldovinos.

El silencio se prologó en esa habitación por varios minutos. Cada palabra que se revelaba hacía que el corazón de los presentes se aplastara, como si se encontrara en medio de dos paredes que lentamente se cerraban.

- Ante esa proposición Alejandro aceptó de inmediato. En cuanto pudo Martín avisó al Comandante General, y dispusieron de lo necesario para sacar a la familia real de ese lugar. No obstante surgieron contratiempos, y nuevamente por cosas del destino, las cuales hoy agradezco, usted y el príncipe Christopher no estaban en las instalaciones del Palacio cuando invadieron los rebeldes. Debido a lo prematuro del cambio de planes, nos quedamos atascados la reina, el comandante y yo, aun así los tres sabíamos que mientras ustedes estuvieran fuera de peligro, eso era lo único que importaba – concluyó el asistente de la corona.

- Martín supuso que jamás saldrían a tiempo – siguió Esmeralda – Así que me mandó a sacarte del Palacio por los pasadizos secretos que él y yo conocíamos. Cuando llegué al sitio, te busqué por todas partes, pero no te encontré y supuse que habías ido a buscarlo, así que te esperé en la

Catedral de San Lorenzo, porque justamente Frarraga me contó que era el túnel que solías utilizar para salir y entrar al edificio.

En ese momento a Anne le surgió en su mente una pregunta que quería realizar, pero no se atrevía a formularla en voz alta.

- Sé que estás pensando si aquella escena que vimos en Palacio entre el Comandante General y Martín fue algo fingido, ¿cierto? – comentó Esmeralda.

- Sí, ¿también eso fue actuado? – quiso saber la reina.

- Por completo. Tanto el Comandante como Martín disimularon ante todos. Lo único que no tenían planeado es que tú estuvieras presente.

El silencio volvió a apoderarse de todos. Eran demasiadas cosas que meditar, se acababan de enterar de lo que había sucedido tras bambalinas del acto del levantamiento.

- ¿Por qué han decidido contarme esto hasta ahora? – preguntó Anne.

- Porque ya no soportaba que odieras de esa manera a Martín – contestó de inmediato la gitana – Me dolía en lo profundo de mi corazón que sintieras eso por él, cuando lo único que ha hecho es tratar de salvarte, sin importar el costo. Pero lo que más me duele es que, tal vez en este momento esté muerto y que el último pensamiento que tenga sobre ti es que lo odias – rompió a llorar Esmeralda.

La nueva reina se asustó, ahora que conocía toda la verdad, se arrepentía de lo que había dicho la última vez que se vieron. Quiso llorar también, a pesar de ello se contuvo. Cerró los ojos, y esperó con todo su corazón de que su amado no muriera, jamás se perdonaría si se fuera de este mundo pensando que ella lo odiaba.

- ¿Crees que vayan a matarlo? – cuestionó con miedo la reina.

- No lo sé – contestó Esmeralda encogiéndose de hombros y limpiándose las lágrimas – Espero que no. Sin embargo, el hecho de que haya dejado libre y vivo a mi padre lo llamarán traición.

La soberana sacudió la cabeza en forma afirmativa. Respiró hondo, la imagen de su querido Martín Frarraga apareció en su mente.

- De acuerdo a la historia que nos acaban de revelar – dijo de pronto el capitán Machado, quien había estado callado durante mucho tiempo - Sí no era parte del plan que usted escapara de Palacio – comentó dirigiéndose a Romero - ¿Por qué lo ha liberado el senador?

- Porque sabía que la reina necesitaría a toda la gente posible para que le ayudara a organizar la revolución – contestó el secretario - Cuando Martín me liberó, me dijo que la monarca necesitaría a alguien más aparte de

usted, para que la guiara hacia el contraataque.

Anne cerró los ojos. En ese instante dejó de escuchar los sonidos de su alrededor, su mente y corazón voló lejos de aquellas paredes de la mina abandonada. Le pidió a Dios que cuidara a Martín, que lo protegiera de todos los males en que se encontrara.

Pensó que antes de llevar a cabo su plan, debían hacer un pequeño paréntesis para ir en busca del senador y rescatarlo de los rebeldes, porque luego de todo lo que habían pasado los dos, no estaba dispuesta a perder a alguien más de sus seres queridos, no le podía pasar por la cabeza perder al hombre que había sacrificado todo por ella, hasta su propia vida.

Capítulo 11

Capítulo 11

Recuerdos

Anne caminaba por las instalaciones de la Universidad de Pritige. Era su segundo semestre en la licenciatura de Historia del Arte y todavía se sentía nerviosa. En todas sus clases le daban un trato especial por ser miembro de la familia real y heredera al trono. Siempre le había parecido incómodo que la trataran de esa manera, pues durante su estancia en la facultad ella solamente quería ser una alumna más.

Afortunadamente en el campus existían dos personas que la trataban normalmente, uno de ellos era su mejor amigo Alfonso. Aunque se acababan de conocer, desde el principio habían tenido una extraña conexión. Cada vez que la chica se sentía fuera de lugar por las miradas de la gente, su amigo decía algún chiste con relación al momento para que se relajara. Anne entendía que había tenido mucha suerte al toparse con ese chico de cabello alborotado en color negro, quien la apoyaba por ser ella misma, no por el título que cargaba a la vista de todos.

La otra persona que la trataba como una estudiante normal, era uno de sus profesores. Se sonrojó con el simple hecho de recordarlo. Su maestro de derecho la reconoció en el primer instante en que cruzó la puerta del salón de clases, pero no hizo nada que pudiera ponerla incómoda, ni siquiera cuando dijo su nombre en el pase de lista. Aquel catedrático se comportaba con ella como si fuera una alumna más, algo que la princesa agradecía por completo. A pesar de que su materia no tenía mucho que ver con la carrera que había escogido, se convirtió en su favorita.

La forma en que el profesor impartía la clase era magistral, sabía cómo captar la atención de los jóvenes, puesto que la hacía divertida y entretenida. Aunque muchas de sus alumnas podrían decir que lo atractivo de su clase, es precisamente la persona que la daba, pues innegablemente el catedrático poseía una elegancia y buen físico que ponía a todas sus alumnas a suspirar, mientras él explicaba los temas.

A pesar de ello, al principio para Anne lo único que le interesaba del senador eran los conocimientos que le pudiera transmitir, sin embargo con el transcurso de las clases, la princesa comenzó a darse cuenta de que existía algo en él que le fascinaba por completo. Su sonrisa, su elegancia, el respeto con que trataba a todos eran algunas de las cosas que más le

gustaban, aparte de ser inteligente y lindo.

No supo en qué momento Anne en secreto, junto con las demás chicas de su clase, empezó a suspirar cada vez que el profesor cruzaba la puerta para impartir su clase. Su momento favorito del día era cuando el catedrático nombraba lista y decía su nombre, ya que justamente en esos segundos tenía toda su atención, lo cual provocaba que la princesa se sonrojara, así como también le encantaba escuchar aquella voz pronunciar su nombre.

La vida privada del profesor de ensueño, como lo habían llamado las alumnas, era muy reservada, pues se sabía muy poco de él, solamente se rumoraba por los pasillos del campus de que en ese momento se encontraba soltero, pues había quedado viudo unos años atrás y desde entonces se convirtió en el galán más codiciado de la facultad, tanto por las estudiantes como por las mismas profesoras. A pesar de ello se decía que el senador había rechazado cordialmente a cada una de sus pretendientas, la razón de su negativa era porque al parecer aún estaba muy afectado por la muerte de su esposa.

La princesa sacudió la cabeza para alejar el rubor de sus mejillas, se sentía algo tonta sentirse atraída por un hombre que le doblaba la edad, no obstante sabía claramente que en él había encontrado cosas que no tenía ninguno de sus exnovios, incluso tampoco sus pretendientes.

Para la pequeña princesa era bastante difícil encontrar pareja, porque había muchos chicos que la buscaban sólo por interés, virtud por la cual tenía que ser muy cuidadosa al momento de aceptar alguna cita. Hasta el momento la suerte la acompañaba y su sexto sentido le había ayudado mucho para saber diferenciar a esa clase de chicos, los cuales despachaba al instante. Para desgracia de ella, existía una lista muy, pero muy corta de muchachos que alcanzaron el título de noviazgo, quienes luego de un tiempo, salían corriendo de la relación debido a la presión que representaba ser el novio de la heredera al trono, sobre todo por el acoso que sufrían de los medios de comunicación.

Cada vez que Anne terminaba una relación, su padre, el rey Felipe VI, al ver la tristeza de su primogénita, se sentaba con ella a consolarla, diciéndole que algún día llegaría el indicado, que en algún momento de su vida aparecería el hombre correcto, quien la amaría a tal punto que soportaría todas las dificultades que representaba su título real. Después de aquellas dulces palabras, la chica asentía con la cabeza y se decía a sí misma que todavía era muy joven como para preocuparse por eso, y se fijaba como meta concentrarse en terminar la facultad.

Mientras salía de un pasillo que la llevaba a uno de los jardines del campus, Anne tropezó y los libros que traía en los brazos fueron a parar al césped. Maldijo por lo bajo para que nadie la escuchara, se suponía que la

realeza no podía utilizar aquel vocabulario, estaba mal visto que lo hicieran.

En seguida de intentar contener su enojo, se agachó para recogerlos. Mientras lo hacía se regañaba mentalmente, pues los testigos de su torpeza iban a pensar que la futura reina era una tonta. De repente sintió que alguien se acercó para ayudarlo a levantar los textos. Aún en cuclillas pudo percibir la cercanía de esa persona, puesto que no volteó a verlo, sin embargo sabía perfectamente que esta se encontraba frente a ella. Entonces luego de un par de minutos una mano ofreciéndole los libros apareció en su vista.

- Gracias – comentó la chica un poco apenada.
- De nada – respondió el buen samaritano.

Anne reconoció la voz e inmediatamente sus ojos se dirigieron hacia la figura delante de ella. El profesor Martín Frarraga estaba ahí en cuclillas mirándola fijamente. La princesa se sonrojó y se quedó muda por la sorpresa. El catedrático sonrió ante el cambio de color de las mejillas de la chica.

- ¿Todo está bien? – preguntó el académico.

Ella reaccionó ante su pregunta, se había quedado paralizada ante él.

- Sí, todo bien – respondió tratando de levantarse.
- Déjame ayudarte – se ofreció el catedrático.

Este tomó alguno de los libros que ella había juntado y le extendió una mano para que se apoyara. Anne miró su mano un par de segundos y la tomó para impulsarse y levantarse. En cuanto tuvo el contacto con su piel, volvió a ruborizarse, lo cual pudo notar el senador.

- Muchas gracias, profesor – agradeció la princesa tratando de contener su respiración agitada.
- Fue un placer – contestó el académico encantado por la reacción de ella.

Anne lo miró unos minutos a los ojos y agachó un poco el rostro para que no pudiera ver nuevamente sus mejillas sonrosadas. La heredera al trono medio sonrió y caminó rumbo a la biblioteca del campus. El senador la observó alejarse. Sonrió para sí mismo, en ese instante se dio cuenta de que había algo en ella que le encantaba, y no era su título real, sino algo en su personalidad que lo volvía loco, algo que no había visto en alguna otra mujer, incluso tampoco en Cecilia, su exesposa.

Caían las hojas secas de los árboles anunciando el inicio del otoño. La reina Anne se encontraba afuera del Cuartel General. El sol desaparecía en el horizonte. A lo lejos podía ver la ciudad de Pritige, su antiguo hogar, esperaba pronto volver a aquel lugar, al que pertenecía.

Miró hacia su rezago, ahí estaba una fotografía en la que aparecía junto al senador Martín Frarraga, ambos abrazados y sonriendo a la cámara. Cerró los ojos, añoraba los momentos a su lado, lo extrañaba enormemente. En su mente la consumía la culpa, por todo lo que le había dicho la última vez que se vieron, la forma en que ella lo trató. Ahora que sabía la verdad, su amor había crecido. Rezaba todos los días por él, porque pudiera aguantar un poco más en lo que los monárquicos culminaban los últimos detalles para ingresar a la ciudad y tomar las armas.

No pudo evitar dar una media sonrisa, aquel día le recordaba a uno que sucedió hacía cinco años. Sus recuerdos la llevaron hasta las instalaciones de la Universidad de Pritige, cuando cursaba el segundo semestre. Luego de su encuentro con el senador Frarraga en el que le ayudó a recoger los libros, constantemente se topaba con él por el mismo lugar, más o menos a la misma hora. Al principio pensó que era mera coincidencia, pero después de un par de veces comprendió que este iba hasta ese sitio con la única finalidad de verla pasar.

En cuanto la princesa se dio cuenta, no supo qué hacer, sin embargo siempre se encontraba yendo hacia ese icónico espacio de la facultad inconscientemente, al igual que el catedrático, ella también quería verlo. Ese día que Anne trataba de recordar, había llegado a su punto de encuentro un poco más temprano de lo normal. Se sentó en una de las mesas del jardín y lo esperó, sabía que lo que estaba haciendo era algo atrevido, en pocas palabras le ofrecía una invitación indirecta a que no sólo se conformara con verla pasar, sino que fuera hasta ella y se sentara en la misma mesa.

La chica se puso más nerviosa conforme llegaba la hora indicada, ansiaba que el profesor al verla, comprendiera el plan malvado que había ideado. De repente el académico apareció, por unos minutos esperó observando directamente hacia el pasillo por dónde siempre la veía venir, no obstante esta vez no pasaba. Confundido revisó el reloj, estaba asegurándose que era la hora correcta. Todavía extrañado miró hacia su alrededor. Anne se escondió detrás de un libro, simulando que no lo había visto. Fue entonces cuando la vio sentada en una de las mesas, leyendo un libro. El senador sonrió, entendió lo que ocurría, sabía perfectamente de que su pequeña y astuta estudiante fingía leer, pero en realidad lo estaba esperando.

El profesor meditó unos minutos la situación. Se dio cuenta que en esa hora del día, aquella parte del campus se encontraba desierta. Tomó una

decisión y se encaminó hacia ella, se detuvo frente a su mesa. Anne sintió su llegada y se puso más nerviosa de lo que ya estaba.

- ¡Hola! – saludó el catedrático.
- ¡Hola! – contestó Anne ruborizada.
- ¿Me puedo sentar aquí? – preguntó en un tono dulce el académico.
- Claro, adelante – respondió la princesa conteniendo la respiración.

El senador tomó un lugar frente a ella, y se quedaron en silencio hasta que alguno de los dos le llegó la hora de regresar a casa. Luego de aquel día, ese se convirtió en su punto de encuentro, y esa su mesa favorita. Cualquiera de los dos, quien llegara temprano, se sentaba ahí a esperar al otro. Las primeras veces solamente permanecían en silencio, frente a frente, cada uno llevaba un libro para disimular ante los demás. Después de unas semanas el catedrático se aventuró y comenzó a sacarle plática a la chica. En esos cuantos minutos ambos disfrutaban estar en compañía del otro, y con el paso del tiempo en los dos surgió la necesidad de algo más que esos encuentros actuados en el jardín trasero del campus.

En los últimos días de octubre, mientras estaban ahí sentados en su mesa, fingiendo leer para la gente a su alrededor, el profesor esperó con ansias que el jardín se vaciara y quedaran completamente solos. Cuando eso ocurrió, no perdió ni un momento, suspiró hondo para atreverse a ser lo que tanto le rondaba en la cabeza.

- ¿Qué harás el sábado por la tarde? – preguntó de pronto Martín.

Anne se sorprendió por la pregunta, con aquellas palabras presentía lo que estaba a punto de pasar.

- Hasta el momento no tengo ningún plan – respondió con nerviosismo la chica.
- ¿Te gustaría salir a tomar un café conmigo? – soltó de golpe el senador.

La princesa se sonrojó. Lo pensó por unos minutos, una parte de su cerebro le decía que contestara que sí inmediatamente, la otra le ordenaba que dijera que no, era un hombre mucho mayor que ella, y no sabía con qué intenciones la estaba invitando a salir. Él vio la duda en su rostro.

- Sé que has de estar preguntándote si es correcto o no. Tal vez no me conozcas mucho, pero ten la certeza de que no te haré nada malo – comentó Frarraga tratando de ganar su confianza.
- ¿Cómo puedo estar segura de que puedo confiar en usted? – preguntó Anne observándolo.

Él meditó la pregunta y buscó la respuesta indicada.

- Tendrás que arriesgarte a confiar en mí – le respondió lentamente.

Anne abrió los ojos, en el horizonte pudo ver sólo una fina línea rojiza que anunciaba el próximo anochecer. Entonces comprendió todo. No era una simple coincidencia que el desconocido del mensaje y el guardia de seguridad del Edificio de Justicia dijeran aquellas palabras. Comprendió que Martín los había puesto en esos lugares para ayudarla y como sabía que dudaría de ellos, les había confiado esa frase, con la esperanza de que ella la entendería. La joven reina se dio cuenta, que desde el primer instante, Frarraga había estado al pendiente de ella, conocía cada paso que daría, y movía todas sus fichas, como piezas de ajedrez, para que ella pudiera llevar a cabo su encomienda.

Capítulo 12

Capítulo 12

Engaño

Manuel Manzano desde pequeño había confiado en poca gente. A estas alturas de su vida solamente confiaba en una persona en el mundo y este era Alejandro Burgos. Con sus familias en el exilio, ambos habían compartido los mismos sentimientos de venganza, y se convirtieron en mejores amigos. Burgos había nacido como un líder nato, él como su súbdito. Siempre habían hecho todo juntos, incluyendo los planes del levantamiento, por eso cuando un completo extraño llamado Martín Frarraga se volvió muy cercano a Alejandro, le causó grandes problemas, no iba a permitir que aquel hombre le quitará el lugar que le correspondía por los años de lealtad que le había dado al líder de los rebeldes.

Aunque Alejandro fue quien se acercó al senador, la forma tan rápida en que Frarraga creció en la línea de mando en los rebeldes le causaba ruido, puesto que en poco tiempo se convirtió en el tercero al cargo. No obstante de que Burgos estaba fascinado con Martín, sobre todo cuando este le relató la leyenda del documento creado por los fundadores, y le metió en la cabeza la búsqueda de las tres piezas del mapa, Manuel sabía que existía algo raro en el senador.

Por esa razón lo había seguido de cerca. Presentía que detrás de esa fachada de sabiduría y calma que presentaba el senador, ocultaba algo muy importante, pero para la mala suerte de Manzano, hasta el momento todo lo que Martín le había dicho a Alejandro se había cumplido. Aun así no bajaba la guardia.

Una de las cosas que odiaba Manuel del senador, fue que Frarraga era el culpable de que ahora el rey ilegítimo se encaprichara en adentrarse en la búsqueda del mapa del documento antiguo. El senador había confesado al líder de los rebeldes que las piezas del mapa se escondían en cada una de las sedes de la Trinidad Igualitaria. En dos de las sedes, que correspondían a los magistrados y los senadores, según sus fuentes, las partes estaban bajo resguardo de las cámaras que custodiaban los documentos confidenciales que poseían, y que el de la sede de la monarquía se encontraba escondido en un antiguo edificio, que había sido el hogar del rey antes de la construcción del Palacio de Baldovinos, edificación que ahora ocupaba la Biblioteca Pública del Estado.

Luego de aquella revelación, Burgos quedó encantado con el proyecto e inmediatamente organizó la operación para que sus hombres intervinieran

en dichos edificios. En fases los rebeldes interrumpieron en esas tres sedes, utilizando las alarmas de incendios o sismos para distraer y evacuar al personal del edificio, y aprovechando el caos que se suscitó, penetraron hasta las cámaras, las cuales pudieron abrir gracias a las claves de acceso que el mismo senador había conseguido. A pesar de haber llevado a cabo la operación de acuerdo al plan, no tuvieron éxito en el mismo, puesto que no se encontraron las piezas del mapa en aquellos lugares.

En seguida del fracaso de la búsqueda del mapa, a Manzano se le hizo raro que Martín consiguiera demasiada información confidencial. Entendía que aunque pertenecía a los once senadores que conformaban la Cámara de los Comunes, y que se hacía cada vez más popular entre el pueblo, no era suficiente para allegarse de tanta información importante, ya que realmente no tenía un cargo muy alto. Manuel presentía que únicamente era un simple títere de alguien más. Aun así no podía negar que Frarraga fuera listo, de hecho le parecía la persona más inteligente que conocía hasta el momento, sin embargo seguía sin comprender ciertas cosas que no cuadraban según el puesto que ese hombre representaba en el Edificio de Maltas.

Manzano comenzó a sospechar más del senador, cuando Frarraga le reveló a Burgos de que los monárquicos tenían en su poder las tres piezas del mapa, mismos que habían estado escondidos en los libros de historia de las tres sedes del poder. Según el senador, los enemigos obtuvieron dos de los tres libros entrando al Edificio de Justicia y al de Maltas. En cuanto al tercero manifestó que la reina Anne ya contaba en sus manos con el libro original que correspondía a la monarquía, y que lo más seguro era que el difunto rey Felipe VI se lo había entregado antes de que fuera apresado por los rebeldes, dejando una copia en la biblioteca del Palacio para despistar sobre la falta de ese texto.

Manzano no podía negar que dicha historia era bastante creíble, por eso a Martín no le había costado mucho convencer a Alejandro de la veracidad de la misma, pero Manuel que ya de por sí no confiaba en ninguna de las palabras del senador, había encontrado en ella ciertas deficiencias que acababan por no convencerlo por completo. En primer lugar se le hacía raro la forma en que Frarraga dedujo aquella información, ¿cómo podía estar tan seguro de ello? ¿quién se la había proporcionado? ¿quiénes eran esas fuentes de las que Martín sacaba datos de los movimientos de los monárquicos? Debido a esto se encomendó destapar al verdadero Frarraga, y en secreto pidió las grabaciones de las cámaras de seguridad del Edificio de la Cámara de los Comunes del día en que había sido invadido para sustraer el libro de la biblioteca.

Por muchas horas había observado a detalle los vídeos captados por las cámaras. Las primeras veces no detectó nada, hasta que revisó las imágenes de la cámara de vigilancia correspondiente a la puerta contigua

del exterior y notó un diminuto detalle, que aunque no era de buena calidad, fue suficiente para apreciar, no sin algo de dificultad, que no era la misma cantidad de personas ingresando, como las que habían salido.

Manzano puso pausa en la grabación, se recargó unos cuantos minutos en su asiento pensativo. Buscó entre los papeles del escritorio las declaraciones del personal que trabajó aquella noche. En uno de los reportes estaba descrito que el guardia de seguridad de la puerta contigua había sido encontrado inconsciente en una de las oficinas del edificio, quien había declarado que no recordaba nada de sus atacantes, pues lo habían pillado por la espalda. Retrocedió el video unos minutos atrás, pulsó la tecla de pausa en el segundo en que se veían las figuras acercarse a la puerta. Una primera sombra se había arrimado a la entrada, y después de varios minutos se asomó para hacerle una seña a las demás personas. Pensó que quizás el primer monárquico fue el que atacó al guardia de seguridad, y cuando ya estaba libre el paso, llamó a los restantes. Contó seis figuras negras acercarse a la puerta. Del sitio de dónde habían salido los monárquicos se alcanzaba a percibir dos personas más.

Revisó la siguiente grabación conforme al camino que realizaron los monárquicos hacia la biblioteca, para su desgracia no contaba con las imágenes de todo su trayecto, ya que varias de las cámaras de seguridad habían sido destrozadas cuando los rebeldes entraron a invadir el edificio durante el levantamiento. Manuel refunfuñó por la oscuridad que invadía el vídeo, y que le impedía apreciar plenamente los movimientos de los intrusos, pues nuevamente los rebeldes tenían la culpa de la poca luz del recinto, puesto que por órdenes de Burgos se encomendó la austeridad de servicios en dos de las sedes del poder, para que el dinero se concentrara en el Palacio de Baldovinos. Aun así pudo distinguir que de los seis que habían entrado, solamente cuatro fueron hacia su destino. Entendió que los otros dos se quedaron en la puerta vigilando. De esos cuatro aventureros pudo reconocer al príncipe Christopher y a la reina Anne.

El mismo cuarteto hizo su entrada triunfal en las instalaciones de la biblioteca. Manzano contó la misma cantidad de personas que dejó esa parte del edificio, pero algo había sucedido entre el trayecto de la biblioteca a la salida de la construcción, puesto que se alcanzaban a apreciar solamente cinco figuras alejándose de la Cámara de los Comunes. Volvió a revolver los papeles que tenía sobre el escritorio, encontró un reporte de que uno de los soldados monárquicos había muerto en el combate, y que otro resultó herido. Aun así le seguían sobrando dos personas. Revisó las grabaciones de todas las puertas de salida con las que contaba el edificio, para confirmar si habían sido utilizadas por los otros dos monárquicos que le hacían falta, sin embargo de ninguna de ellas se vio nada raro.

Manuel levantó la ceja consternado, ¿qué había sucedido con esas dos personas? De alguna manera debieron salir del edificio, y justamente esa

era la interrogante, ¿cuál había sido su puerta de escape? El presidente de la Cámara de Justicia tomó el reporte en el que se enlistaba a todo el personal que se reportó presente durante el acontecimiento. Circuló con tinta roja el nombre de Martín Frarraga. Él era la única persona que presenció la invasión, y que no formaba parte del poco equipo de seguridad que estaba esa noche. Le parecía extraño que ni el mismo Frarraga se hubiera dado cuenta de la presencia de los enemigos, aunque afirmó haber estado a esa hora en su despacho. Manzano relejó la declaración de su sospechoso, en ella se mencionaba que el presidente de los senadores no se percató de lo que sucedía en su sede hasta que escuchó la alarma. Fue entonces cuando salió de su oficina y su personal le avisó lo que ocurría.

Manuel aventó el papel molesto, para su desgracia existía una grabación de las cámaras en la que pasaba exactamente lo que Martín había relatado. Suspiró hondo todavía pensando en los dos monárquicos faltantes. Cerró los ojos, recordó que luego de la invasión, se hizo una revisión completa del edificio y no se encontró a ninguna persona extraña dentro. Entonces, ¿cómo fue que pudieron salir del lugar? De repente abrió los ojos, miró en la pantalla de su computadora la figura congelada de Martín Frarraga hablando con su jefe de seguridad. Entonces se le ocurrió algo, ¿y si alguna de los dos monárquicos era la reina Anne?

El hombre se recargó en el escritorio todavía observando a su contrincante en la grabación. Se dio cuenta de que un detalle lo había pasado de largo, no podía olvidar que Frarraga había tenido una relación romántica con la chica, que aunque al parecer fue solamente una estrategia para tenerla controlada, quizás durante tanto tiempo juntos, podría ser que el senador realmente se hubiera enamorado de ella, y justamente él la ayudó, de alguna manera que aún no comprendía, a escapar con su botín del Edificio de Maltas, lejos del fuego del combate.

En un instante de rabia, arrojó todos los documentos del escritorio al suelo en forma de berrinche. A pesar de que tenía en ese momento una hipótesis bastante buena de lo ocurrido, no podía contarle a Burgos sus teorías en contra del senador, ya que no contaba con pruebas que las sustentara.

Se talló el rostro con las manos, se sentía exhausto, había pasado tanto tiempo detrás de Martín que sentía que se le estaba yendo la vida tratando de descubrirlo. Maldijo para sí mismo, ese maldito senador era bastante astuto, sabía cómo mover sus fichas debajo de la mesa.

Cuando creyó que no podía hacer nada para descubrir el engaño del senador, unos toquidos en su puerta lo volvieron a la realidad. De malhumor hizo pasar al inoportuno, y uno de sus súbditos al que le había encargado seguir a Frarraga, le dio lo que tanto estaba buscando. Primero le comentó que el secretario particular Adrián Romero había escapado del

Palacio. Y que curiosamente la última persona que lo vio antes del escape fue justamente el presidente de la Cámara de los Comunes. El rebelde le entregó a su jefe una grabación de las pocas cámaras de seguridad que existían en Baldovinos.

Manuel corrió a su personal con un movimiento brusco de manos y al quedar solo, reprodujo el vídeo. Sonrió al ver una imagen, la cámara captó al senador hablando misteriosamente con el secretario unos pocos minutos antes de que el segundo desapareciera. En la escena se notaba una acalorada discusión entre los dos hombres, y luego un abrazo, quizás de despedida. No se alcanzaba a apreciar nada más que eso, pero sabía que era más que suficiente para hacerle abrir los ojos a Burgos. Era más que una simple coincidencia que Martín fuera el último hombre que se vio junto con el ahora desaparecido. Tomó la copia de la grabación y salió rápidamente hacia el despacho del monarca.

Capítulo 13

Capítulo 13

Sentencia de muerte

El senador Martín Frarraga conducía en dirección al Palacio de Baldovinos a las cinco de la mañana. El nuevo secretario particular de Alejandro lo había sacado de la cama para que se dirigiera de manera urgente con el monarca. Suspiró hondo, cada día se sentía más hastiado del personaje que le había tocado representar en esa puesta en escena. Por un momento pensó en escapar y abandonar todo. Luego de aquellas palabras de Anne, la mujer a la que seguía amando y por la que estaba haciendo esa locura, le habían llevado a creer que la vida ya no tenía sentido, que ya no tomaba importancia lo que realizaba por ella si esta creía que era un traidor.

Felipe VI le había prometido que su relación romántica con la heredera al trono no se vería afectada por todo lo que le encomendó hacer, sin embargo, no estaba resultando de esa manera. Aun así, seguía actuando el papel que le correspondía representar en esa obra de teatro. Aunque su amada lo odiaba, seguiría hasta el final para ayudarla.

En seguida de entrar por las puertas del Palacio de Baldovinos algo lo hizo pensar que las cosas no iban bien, pues se encontró escoltado por dos hombres hasta el despacho de Burgos. El presidente de la Cámara de los Comunes jamás lo había llamado rey porque era un título que nunca le correspondería, puesto que ahora la corona recaía en Anne por derecho de nacimiento. Comprobó sus sospechas cuando anunciaron su llegada al rey ilegítimo, sabía que tal vez lo habían descubierto. Entendió que una vez que cruzara aquellas puertas no saldría con vida.

En las horas anteriores a que su celular sonara para citarlo con Burgos, el catedrático había tenido una clase de presentimiento de que algo malo estaba por suceder. En ese instante comprendió a lo que se refería Anne cada vez que le contó sobre sus presentimientos, los cuales de alguna forma rara acababan cumpliéndose.

La llamada a las cinco de la mañana había reavivado aquel sentimiento, y decidió hacer unas cuantas cosas antes de ir al Palacio. Mientras se arreglaba para salir, organizó algunas medidas por si sucedía lo peor y ya no regresaba a su hogar. Así que cuando le dieron la orden de entrar en el despacho y vio a Burgos junto a Manzano, lo supo. No necesitó ninguna palabra, sus rostros le revelaron lo que más temía. Suspiró profundamente, su tiempo en aquella partida de ajedrez se había

terminado, el peón estaba a punto de caer, afortunadamente su reina se encontraba demasiado adelante en el tablero para lograr un jaque mate.

A las once de la noche la serenidad invadía el ambiente en el Cuartel General. La gente dormía tranquilamente, excepto Anne. Un presentimiento la despertó, había sido la misma sensación que tuvo en la víspera del levantamiento, sólo que esta vez no sabía por qué.

Para distraerse un poco, tomó las cartas que Martín le había escrito en cinco años de relación. Admiró su caligrafía, amaba la escritura del senador, tan pulcra, tan elegante, tal como él siempre había sido en sus más de cuarenta años.

De repente unos toquidos en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

- ¡Adelante! – anunció la joven reina.

La puerta se abrió y entró Esmeralda. La gitana se acercó hasta la cama de la monarca y se sentó en esta.

- ¿Tampoco puedes dormir? – le preguntó Esmeralda.

- No – contestó Anne con un suspiro – Hay algo que me inquieta, aunque no sé qué es.

- Sí, a mí también – respondió la gitana suspirando lentamente.

Ambas estuvieron en silencio unos cuantos segundos. Anne la miró, existían muchas preguntas que aún tenía en su mente, pero que no se animaba a plantearse a la gitana.

- Esmeralda, puedo preguntarte unas cosas – se animó por fin la reina.

- Claro. Se trata sobre Martín, ¿verdad? – comentó la mujer.

- Sí – contestó la chica - ¿Cómo es que él sabía todo lo que estábamos planeando aquí en el Cuartel General? – cuestionó Anne mirándola fijamente.

- Bueno, creo que yo soy culpable de eso – respondió Esmeralda tomándose el cabello un poco nerviosa – Todo este tiempo he tenido contacto con él. Muchas de las cosas que hemos hecho han sido bajo su recomendación, nos ha estado guiando desde el principio. A veces directa o indirectamente. Cada movimiento está fríamente pensada por él, aunque los demás piensen que son sus propias ideas, pero no le digas nada al capitán Machado – le guiñó un ojo.

- Aun así, existen cosas que se tuvieron que improvisar, como nuestro reencuentro en el Edificio de Maltas.

- Así es – asintió la gitana – El plan inicial era que únicamente te dejaría el libro en su antiguo despacho para que pudieras tomarlo. Sin embargo, el amor que te tiene lo cegó por un momento y se arriesgó a verte, a pesar

de que fueran unos cuantos minutos. Aunque claro, jamás vio venir todo lo que le gritaste. Su reencuentro no fue como esperaba.

Anne suspiró hondo, recordó las cosas horribles que le habían dicho. Ahora que conocía la verdad se arrepentía del discurso de odio que le gritó esa noche.

- No obstante de que Martín siempre ha sido un gran calculador, para su colmo ha tenido que improvisar de mil maneras. Por ejemplo, en cuanto Burgos tomó Palacio, se dirigió a la biblioteca de ese lugar a buscar el libro que contenía la pieza del mapa. Se volvió loco al no encontrarlo, hasta que le conté que cuando fui a sacarte de Baldovinos, te entercaste en regresar a tu habitación para recoger un tonto libro de historia y entonces entendió que tú lo poseías, así que puso una copia de ese texto en su espacio faltante para disimular su ausencia, y posteriormente le sirvió para darnos tiempo.

Las mujeres se quedaron unos segundos en silencio. La joven reina entrelazaba mentalmente lo que Esmeralda le había revelado, seguía armando el rompecabezas que se creó desde hacía varios años.

- ¿Cómo está él? – preguntó preocupada Anne.
- Cansado – respondió la gitana triste – Demasiado cansado. Ha visto demasiada barbarie y no ha podido hacer mucho. Está viendo caer todo lo que prometió proteger. No obstante, sabe que es por un bien mayor. Lo más importante para él eres tú – la miró fijamente – Mientras tú sigas viva, eres la fuerza, el motor que lo hace seguir todos los días con su engaño. Aun a pesar de que le dijeras que lo odiabas.

Anne cerró los ojos por unos segundos, todavía no podía creer que hubiera dicho aquella palabra horrenda, y más a la persona que amaba completamente.

- ¿Me podrías hacer un favor? – pidió de pronto Anne.
- Sin duda – contestó la gitana.
- La próxima vez que tengas comunicación con Martín, podrías decirle que lo amo. No quisiera que le pasara algo y se quede con la idea de que lo odio.
- Yo se lo diré – contestó Esmeralda sonriendo.

Se quedaron otros minutos en silencio, de repente la gitana se levantó de la cama.

- Bueno, su majestad. La dejaré sola para que trate de conciliar el sueño – comentó Esmeralda despidiéndose.
- Igualmente – respondió la reina con una afirmación de cabeza.

Esmeralda le guiñó un ojo y salió de la habitación. Anne tomó la foto en la que salía con Martín, la abrazó y se acomodó para caer en los brazos de Morfeo.

Frarraga tenía los ojos cerrados cuando escuchó un ruido. Por la oscuridad no pudo ver nada, la celda en la que se encontraba encarcelado, estaba en penumbras. Suspiró hondo, estaría en aquel terrible lugar esperando su muerte. Mientras permanecía sentado en el suelo, con la espalda recargada en la pared fría de las mazmorras del Palacio, recordó sus buenos momentos, no quería pensar en lo que pronto viviría. No tenía miedo, mucho menos se arrepentía de lo que había hecho para llegar hasta ahí, lo valía todo con el simple hecho de que Anne estuviera a salvo.

Otro ruido lo sacó de sus recuerdos, sin embargo, no podía ver nada.

- ¿Quién anda ahí? – preguntó a la oscuridad, no obstante su voz retumbó con un eco.

Pensó que tal vez ya se estaba volviendo loco, aunque para ser sinceros ya lo era desde el primer momento en que se metió como espía con los rebeldes. El amor lo había llevado a realizar demasiadas locuras.

De repente sintió que alguien desde la oscuridad lo observaba. Miró hasta ese lugar sin decir nada, la figura que permanecía en las sombras dudó por unos instantes y luego se acercó lentamente. La poca luz que entraba hacia la celda de Martín iluminó la silueta de Esmeralda. Frarraga la reconoció y se levantó de prisa a su encuentro.

- ¿Qué estás haciendo aquí? – le preguntó el senador asustado mientras se acercaba a los barrotes.

Al estar a unos cuantos centímetros de distancia la observó de cerca, la gitana estaba llorando en silencio. Martín sonrió y le quitó las lágrimas del rostro.

- En cuanto supe vine a buscarte – contestó su amiga en voz baja.
- ¿Cómo te enteraste? – preguntó Frarraga sorprendido.
- Las cartas del tarot – respondió Esmeralda mirando hacia el suelo.

Martín volvió a sonreír, jamás había creído en la videncia como su amiga lo hacía, aun cuando hace poco más de cinco años, la gitana le había predicho que conocería a una mujer por la que sería capaz de hacer todo, incluso hasta morir por ella. Ahora lo creía sin pensarlo.

- Tenemos que hacer algo para liberarte – dijo su amiga desesperada.

Frarraga movió la cabeza negativamente.

- Ya no se puede hacer nada, Esmeralda – contestó serenamente.

- Pero... - continuó la gitana.

- Pero nada – interrumpió el senador – Deja que el destino me lleve a cumplir tu predicción.

Ella lloró con más intensidad. El catedrático como pudo la abrazó por entre los barrotes. Le acarició el cabello. Aunque ambos siempre habían sido polos opuestos, no había duda de que eran los mejores amigos. De repente se separó y la miró a los ojos.

- Debes irte – le ordenó el senador.

- Martín... - quiso hablar Esmeralda con voz quebrada, pero su amigo la detuvo con un movimiento de cabeza.

- Vete antes de que alguien te vea.

Ella asintió con la cabeza.

- Anne te manda un mensaje – soltó de golpe la gitana – Todavía no sabe de esto, pero me pidió que cuando te viera te pasara un recado.

- ¿Qué es? - preguntó Frarraga con el corazón latiéndole rápidamente.

- Que te ama – respondió lentamente su amiga.

Frarraga cerró los ojos y sonrió. Unas lágrimas salieron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas.

- Gracias – le dijo a su amiga.

En ese instante el senador pensó que le había dado el mejor regalo antes de su ejecución. Ya podía morir en paz.

- Hazme un último favor – pidió Martín.

- Lo que sea – respondió de inmediato Esmeralda.

- Cuídala por mí.

Esmeralda asintió mientras de sus ojos salían más lágrimas. Martín le dio un beso en la frente como despedida. Ella se alejó de su amigo sin mirar atrás, no soportaba verlo de esa manera, y menos sabiendo lo que estaba a punto de suceder.

Mientras la gitana se encontraba despidiéndose de su mejor amigo, un grupo de ciudadanos que lograron escapar de la ciudad, se acercaban caminando hasta la mina. El sol estaba a punto de ponerse, al parecer los

viajeros llevaban toda la noche en el bosque dirigiéndose al Cuartel General.

El capitán Machado los recibió y dio refugio a los mismos. En cuanto la reina se enteró del acontecimiento salió para atenderlos. En lo que entraban a la sala común del Cuartel, saludó a cada uno de ellos. De repente se les anunció que únicamente faltaban dos personas más por llegar, quiénes al parecer eran los guías de ese grupo, desgraciadamente uno de ellos venía herido. El capitán ordenó que un equipo médico los encontrara en el camino. Machado y Anne se quedaron en la puerta de la mina en espera de las personas, entonces luego de unos minutos aparecieron entre la espesa vegetación. Los médicos ayudaban a un hombre que presentaba una herida de bala en un hombro, el cual venía acompañado de una mujer que sólo tenía manchas de sangre en su ropa, sin ninguna herida visible.

Cuando ambos estuvieron más cerca, Anne los reconoció de inmediato. El hombre era el desconocido que le había llevado el mensaje de Martín y la mujer, era la secretaria de su amado. Anne corrió hacia Rose y la abrazó. Ella le devolvió el abrazo y comenzó a llorar.

La reina la llevó hasta el interior de la mina. Ya dentro del Cuartel le entregaron un té a la secretaria para que pudiera calmarse. Anne pasó mucho tiempo con ella hasta que estuvo más tranquila.

- ¿Ya te sientes un poco mejor? – le preguntó la reina.

Rose asintió con la cabeza. Luego de un par de minutos la secretaria habló con voz temblorosa.

- En cuanto lo supimos, salimos de la ciudad – comentó un poco perdida a Anne – No teníamos tiempo, así que corrimos, pero unos rebeldes nos descubrieron y nos dispararon, Miguel nos defendió. Martín le encargó que nos trajera hasta aquí. Desgraciadamente lo lesionaron en el hombro y yo le ayudé a llegar al Cuartel.

Fue en ese preciso momento en que Anne conoció el nombre del desconocido, y supo de inmediato quién era antes del levantamiento. Martín algunas veces le había contado que cuando solía quedarse hasta tarde trabajando, el guardia nocturno, al que llamaba Miguel, estaba muy al pendiente de él, e iba a preguntarle si necesitaba algo.

- Cuando lo supe, entendí que todo había acabado – decía Rose como ida.

Anne no comprendía lo que la mujer quería decir.

- ¿Qué es de lo que te enteraste? – preguntó la reina confundida.

Rose la miró a los ojos, la tomó de las manos y comenzó a llorar.

- Lo han descubierto. Lo han sentenciado a muerte. Lo ejecutarán el domingo como lo hicieron con el rey Felipe VI. Van a matar a Martín – soltó de golpe la secretaria en voz alta.

Anne no pudo gritar, algo en su garganta se lo impidió. No podía creer lo que acababa de decir Rose. Comenzó a llorar. La secretaria la abrazó y lloraron juntas por aquel hombre, por ese gran ser humano que les había dado todo, a Rose amistad, a Anne amor verdadero.

Lloraron, lloraron como si no fuera haber un mañana por el hombre que siempre trató de dar lo mejor de sí por los demás. Lloraron por lo que representaba en sus vidas el senador y profesor Martín Frarraga.